

PLANETA EN AGONIA

glenn parrish

CIENCIA FICCION



PLANETA EN AGONIA

glenn parrish

CIENCIA FICCION


eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

PLANETA EN AGONÍA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 321

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 34.241 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1974

BRUGUERA. S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152 Km 21.650) — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

316— *No estamos solos* — Ray Lester.

317— *El traficante* — Glenn Parrish.

318— *Herederos del espacio* — Marcus Sidéreo.

319—Fase *once* — Curtís Garland.

320— *La granja* — Ralph Barby.

CAPITULO PRIMERO

Atónito, sin querer dar crédito a lo que acababa de escuchar, Víctor Shann pensó por unos momentos que el profesor Hyssun desvariaba.

No, no podía ser, pensó, con la mente convertida en un torbellino. Era demasiado fantástico, absurdo... La Tierra en trance de extinción, pero pudiendo ser salvada por un solo individuo...

El sol lucía radiante en las alturas. La hierba parecía más verde que nunca y los colores de las flores aparecían resplandecientes como en ninguna ocasión. La brisa traía efluvios perfumados y el suave susurro de las hojas de los árboles movidas por una leve brisa. El río cercano parecía una cinta de plata y a lo lejos se divisaban las montañas azules, coronadas de blanco. Reinaba una temperatura excelente... y el profesor sostenía la disparatada teoría de que la Tierra iba a morir y que su salvación dependía de un solo hambre.

—¿De mí? —dijo maquinalmente.

—Sí —contestó Hyssun.

—Pero... ¿cómo se va a producir esa catástrofe?

Hyssun agarró el robusto brazo de Víctor y lo condujo hasta un cobertizo cercano.

—Mira —señaló el termómetro.

—Sí, ya veo. Marca dieciséis grados centígrados...

—Debería marcar veinte, por lo menos, dada la época del año.

—Profesor, la temperatura no es una constante absoluta. Se producen alteraciones térmicas...

—Víctor, tú tienes veinticinco años. Yo te paso mucho más del doble. Hace casi cuarenta que estudio este fenómeno. En cuarenta años, la media de la temperatura terrestre ha descendido casi cuatro grados. El sol, aunque no lo parezca, está entrando en una fase de enfriamiento. Dentro de otros cuarenta años, los hielos de los casquetes polares habrán descendido decenas de kilómetros. Eso producirá más bajas temperaturas en la superficie del globo. La fase de

enfriamiento del sol se habrá acentuado más todavía. Antes de que transcurran otros cuarenta años, la Tierra estará cubierta por un enorme manto de hielo. La vida será prácticamente imposible... y la glaciación durará hasta que el sol vuelva a la normalidad. Pero entonces ya no vivirá ningún ser humano sobre este planeta.

Víctor sabía que Hyssun decía la verdad. El científico no era hombre aficionado a ciertas bromas.

—La gente puede ocultarse en subterráneos debidamente acondicionados... —objetó.

—Cierto —admitió Hyssun—. Se pueden construir ciudades subterráneas. Pero ¿qué me dices de los animales? ¿Y los vegetales? ¿Qué seres no inteligentes sobrevivirán a esos doscientos o trescientos años de glaciación? ¿Cómo serán los descendientes de los terrestres que se hayan ido a vivir bajo la superficie? ¿No te das cuenta de la clase de seres que vivirán sobre este planeta dentro de tres o cuatro siglos? Seres débiles, inhabituados a la lucha diaria, acostumbrados a vivir en un ambiente que no es el natural, expuestos a todas las enfermedades y propensos a todas las debilidades. Esos serán los futuros pobladores del planeta... en el supuesto de que se pudieran construir todas las ciudades subterráneas necesarias para albergar a cuantos hoy viven en la superficie.

—No somos tantos, profesor; algunos millones...

—Cinco o seis decenas, Víctor. Sí, ya sé que vas a mencionar la gran catástrofe ocurrida a principios del siglo XXI que causó la mayor mortandad que registra la historia del planeta. Miles de millones de seres humanos perecieron en unas pocas semanas. Apenas si se salvó un millón escaso..., todos ellos desperdigados en vastas áreas, pero, con el tiempo, consiguieron reagruparse y formar nuevos centros de población. El saber, por fortuna, no se había perdido ni se volvió a la Edad de Piedra, por lo que la ciencia terrestre consiguió sobrevivir. De eso, sin embargo, hace ya un par de cientos de años, y aquella terrible destrucción enseñó a los que descendemos de aquellos supervivientes a pensar en el futuro. Ciertamente, la media de la vida actual es de unos ciento treinta años, pero ni aun así los que nazcan dentro de dos siglos podrán sobrevivir en un ambiente terriblemente hostil, en un suelo eternamente helado... Y tú, Víctor, puedes evitar esta segunda catástrofe, peor aún que la primera, porque si entonces sobrevivieron un millón, ahora moriríamos todos..., morirían los que viviesen dentro de cien años. Incluso aunque se pudieran construir todas las ciudades subterráneas que se precisan para los cuarenta o

cincuenta millones de personas que somos en la actualidad.

—Profesor, me pinta usted un panorama muy lúgubre…

—Hablo con la verdad, que siempre es mejor que la mentira, por piadosa que sea ésta: Víctor, tienes que hacerlo, eres el único capaz de conseguirlo…, porque sólo tú has estado a mi lado desde que eras un adolescente y a estas alturas casi sabes tanto como yo.

—Excepto el problema del enfriamiento del sol —dijoVíctor amargamente

—Admito tus reproches, pero es que no he querido decir nada hasta tener la absoluta seguridad de que mis observaciones no daban resultados erróneos, que inducirían a pronósticos equivocados. Desgraciadamente, las observaciones han dado datos exactos y el pronóstico es certero, irrefutable.

—Y usted ha encontrado el medio de evitar esa catástrofe.

—Sí. He hablado privadamente con el consejo superior. Están de acuerdo conmigo. La nave que partirá hacia Zinoph quedará alistada dentro de un par de semanas. Tú serás el único tripulante… y el salvador del planeta, si consigues llevar a cabo tu misión.

—¿Qué hay en Zinoph, profesor? Pero, sobre todo, ¿dónde está Zinoph? —preguntó Víctor.

—Muchacho, ¿recuerdas la embajada que llegó el año pasado del Décimo Sistema de Siria? El consejo superior acordó establecer relaciones con ese sistema solar… y los componentes de la embajada facilitaron abundante información sobre los planetas que lo componen. Zinoph es uno de esos planetas y allí está el más fabuloso yacimiento de maxenergyl que nadie haya conocido jamás.

Víctor respingó.

—¡Maxenergyl! —repitió—. Jamás he oído hablar de ese mineral.

—Es carbono trimolecular en estado purísimo. Su densidad, con respecto al agua, es de doscientos cuarenta y seis coma treinta y cinco…

—¡Diablos! Eso significa que un centímetro cúbico de maxenergyl pesa casi un cuarto de kilo.

—En efecto. Por tanto, un decímetro cúbico, esto es, la capacidad de un litro de agua, pesará doscientos cuarenta y seis kilos y trescientos cincuenta gramos. Un metro cúbico, pesará mil vecesmás... y se necesitan cuarenta metros cúbicos, lo que significa un peso total de casi once mil toneladas.

Víctor se espantó.

—Pero es demasiado peso para una sola nave, profesor —alegó.

—No. El intercambio con el Décimo Sistema ha sido fructífero en determinados aspectos. Luego te daré más detalles, sobre la forma de conseguir esos cuarenta metros cúbicos de maxenergyl, pero antes quiero que me digas si estás dispuesto a ir a Zinoph. Sólo cuando sepa tu respuesta, te hablaré con más detenimiento de la misión.

—¿Acaso teme que hable de más con otros? —se picó el joven.

—Oh, no, en absoluto. Pero... Víctor, te he considerado como un hijo. Yo te adopté cuando tus padres murieron en aquel desdichado accidente. Y por eso mismo, no se lo pediría a otro.

Hubo un instante de silencio.

Víctor miraba fijamente al hombre que tenía frente a sí. Hyssun se conservaba espléndidamente, pero, en aquellos momentos, parecía tener casi veinte años más de los que contaba realmente.

—Hable claro —pidió.

—Víctor, si no vas a buscar el maxenergyl, la Tierra morirá. Pero si vas y lo traes, el que morirás serás tú —dijo Hyssun con voz estrangulada por la emoción.

* * *

La nave era enorme, altísima, casi como uno de aquellos antiguos rascacielos de los que ya no quedaban más rastros que viejos grabados. Brillaba al sol y en su seno albergaba cuanto era necesario para la operación que Víctor debía llevar a cabo.

El nombre de la nave, naturalmente, era *Salvación*.

A Víctor le había costado días decidirse. La expedición podía durar, tal vez, un año, pero no era agradable hacer algo que le iba a costar la vida.

Un año más de vida… en lugar del siglo a que, lógicamente, tenía derecho.

—Así son las cosas, muchacho —había dicho Hyssun filosóficamente, cuando el joven dio su conformidad al proyecto—. Alguien debe sacrificarse para que los demás sobrevivan.

—Pero ¿por qué he de ser yo el elegido? —había insistido Víctor una vez más.

El profesor le entregó un sobre.

—Léelo cuando estés en órbita libre —indicó—. De este modo, podrás enterarte de muchas de las peculiaridades de Zinoph… y así sabrás que en ese año vivirás más intensamente que durante el resto de tu existencia.

—Si no hubiese aceptado la misión, claro.

—Era una frase tópica, desde luego —reconoció Hyssun amargamente.

Víctor volvió a contemplar la nave.

Un año de vid, pensó.

—La *Salvación* dispone de todo para arrancar y tallar el bloque de maxenergyl. No olvides que el bloque debe ser absolutamente cilíndrico y de un peso no inferior a las diez mil ochocientas cincuenta toneladas.

—Sí, lo sé, ya he hecho los cálculos pertinentes…

—Víctor, en el Décimo Sistema, hace años, también se encontraron con el mismo problema del enfriamiento de su sol —dijo Hyssun—. Por eso sabemos que éste es el único remedio para conseguir la supervivencia de cuantos nos encontramos sobre la superficie de la Tierra. Allí, en el Décimo Sistema, también hubo héroes que se sacrificaron por los demás.

El joven asintió.

Había que hacerlo.

Los demás debían vivir. Él debía morir.

Lentamente, avanzó hacia la *Salvación*.

Era un nombre irónico, pensó. Salvación para otros.

—Y muerte para mí.

La astronave se elevó, con su único tripulante a bordo.

Víctor iba a morir, para que los demás se salvaran.

CAPITULO II

Con gran asombro por su parte, pese a que ya estaba prevenido, Víctor puso el pie sobre el suelo de Zinoph.

—Es muy parecido a la Tierra —comentó.

Si no hubiera estado viajando dos meses a través del espacio, habría creído no moverse de su planeta natal.

Había árboles, hierba, arroyos..., lejanas montañas y hasta un océano, apenas visible en el horizonte. El aire era perfectamente respirable..., pero en alguna parte se encontraba el yacimiento de maxenergyl, el mineral de máxima energía.

Sólo necesitaba buscar el yacimiento y dar comienzo a los trabajos.

Podía despachar en otros dos meses. Dos más, para el regreso.

Y, quizá, seis meses de vida, una vez terminada la misión.

—¿Dolerá? —se preguntó.

De repente, oyó gritos lejanos.

—Zinoph está habitado —murmuró.

El sobre que le había entregado Hyssun contenía numerosos datos sobre el planeta. Pero el profesor había añadido que Zinoph no era del todo bien conocido. Las exploraciones no habían sido demasiado intensas, debido a los malignos efectos del maxenergyl. Había muchas lagunas en aquellos informes.

Disponía de un detector para encontrar el yacimiento de maxenergyl Sin embargo, su situación exacta le era desconocida. Incluso los mismos que habían encontrado el carbono trimolecular no sabían exactamente dónde se encontraba el yacimiento, debido a que hacía cientos de años que nadie había vuelto a Zinoph.

Los gritos se acercaron.

De repente, vio surgir un pelotón de jinetes de la espesura cercana.

Víctor se quedó pasmado de asombro.

—¡Son mujeres!

Iban semidesnudas, montando a pelo y usaban largas lanzas, arcos y flechas. Petos de metal brillante protegían sus senos y en las caderas sólo llevaban un breve trozo de piel. Las melenas sueltas y los ojos brillantes de placer anticipado.

Una de ellas se detuvo ante Víctor y apoyó en su pecho la punta de su lanza.

—Eres nuestro —dijo la amazona.

—Perdona, pero yo...

La punta de la lanza lo empujó hacia atrás. Víctor retrocedió, tropezó en una piedra y cayó de espaldas. La amazona saltó ágilmente y volvió a apoyar en su pecho la punta de metal brillante.

—¿Quieres morir? —preguntó belicosamente.

Víctor la miró durante unos segundos. Ella era joven, espléndidamente formada, pero había fuego en sus ojos... y no era precisamente fuego pasional.

—Hombre, claro que no quiero morir, pero....

—Levántate. Yo soy Ura, primera entre las amazonas. ¿Cómo te llamas, varón?

—Víctor...

Ura le miró sonriendo.

—Eres fuerte. Trabajarás para nosotros —dijo.

—Escúchame, Ura, yo he venido aquí...

—No importa a lo que hayas venido, Víctor. Eres nuestro. Trabajarás para nosotras, repito. Un día, una amazona te elegirá y tú le darás un hijo. Después, volverás a trabajar. Hasta la muerte.

Ura sonreía malignamente.

—Es nuestra ley. Vamos, ponte en pie.

Víctor obedeció Con gran asombro por su parte, se dio cuenta de que las amazonas que seguían a Ura no paraban mientes ni mostraban

la menor curiosidad por la inmensa mole de la astronave posada a menos de cien metros de distancia.

—¿Está lejos vuestro pueblo? —preguntó.

—Mucho. Peto no importa, no tenemos prisa en volver.

Víctor pensó en las armas que tenía a bordo de la *Salvación.* Imposible soñar siquiera en volver a bordo. El círculo de rostros bellos, pero hostiles, le hizo saber bien pronto que toda resistencia sería inútil.

No obstante, había algo que le hacía ser optimista. Ura no había hablado de muerte. Trabajar, engendrar un hijo, volver al trabajo...

Un día podría escapar y volver a la nave.

Sonrió.

¿No le había dicho Hyssun que en Zinoph viviría tan intensamente como si su existencia fuese a durar cien años más?

Ura le miró extrañada.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

Víctor se inclinó profundamente.

—De nada —contestó—. Sólo quiero expresarte mi más profunda gratitud por haberme capturado. Trabajaré, os daré un hijo y volveré a trabajar —concluyó con firme acento.

—Eres un tipo raro. La mayoría de los que capturamos se resisten ferozmente. Algunos, incluso, prefieren morir antes que ser nuestros prisioneros.

—Son formas de ver la vida. ¿Hacia dónde debo caminar?

Ura movió la mano izquierda. Dos de las amazonas desmontaron y se acercaron al terrestre. Una de ellas le ató las muñecas. La otra se dispuso a atar una segunda cuerda a la cola del caballo que montaba la captara del terrestre.

Entonces, sonó un agudo grito. Víctor se volvió.

Una amazona chillaba horriblemente, con las manos crispadas en el mango del palo que sobresalía de su vientre desnudo. De pronto, cayó

al suelo, pataleando

horriblemente.

Algo silbó por los aires. Una segunda amazona emitió un inhumano gorgoteo cuando una larga flecha le traspasó el cuello de lado a lado.

—¡Allí! —rugió Ura.

A menos de treinta pasos, entre la espesura, se veían varios individuos, todos ellos armados con arcos y flechas.

Los arcos poseían una potencia extraordinaria. Víctor, estupefacto, vio que una de las flechas traspasaba limpiamente el cuerpo de una amazona y volaba todavía unos metros antes de caer al suelo. Pero los atacantes estaban condenados a la derrota.

Ura y sus amazonas desencadenaron una feroz carga. Murieron varias mujeres, pero minutos después, los atacantes yacían ensangrentados sobre la hierba.

Víctor contempló la salvaje lucha como si estuviera soñando. De pronto recordó que su nave estaba a muy corta distancia.

Allí había armas… pero, sobre todo, seguridad. Una vez que estuviese a bordo, se hallaría enuna fortaleza inexpugnable.

Echó a correr. Entonces, sintió un fortísimo golpe en el cráneo y cayó de bruces.

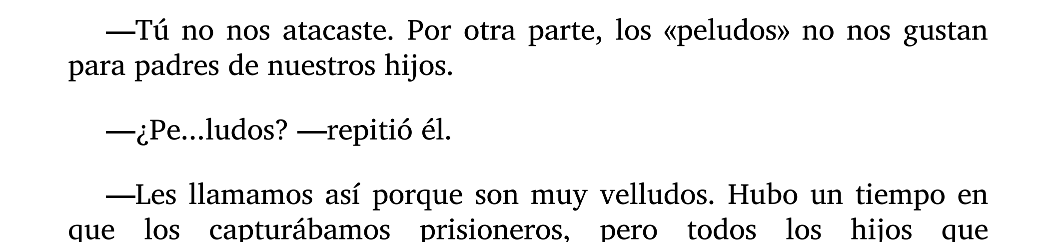
* * *

Cuando despertó, se encontró en una especie de narria, hecha con dos largas varas y algo parecido a una manta. Las varas estaban sujetas a un caballo que arrastraba el artefacto sobre el suelo. Ura cabalgaba inmediatamente detrás y sonrió al ver que Víctor recobraba el conocimiento.

—Te encuentras mejor —dijo.

Víctor se llevó una mano a la nuca.

—Me has respetado la vida —manifestó.



—Tú no nos atacaste. Por otra parte, los «peludos» no nos gustan para padres de nuestros hijos.

—¿Pe...ludos? —repitió él.

—Les llamamos así porque son muy velludos. Hubo un tiempo en que los capturábamos prisioneros, pero todos los hijos que engendraban nacían con horribles taras y teníamos que matarlos. Ya no queremos tratos 'con los peludos.

«¿En qué horrible mundo he venido a caer? Mujeres que parecen fieras, capaces de matar a sus propios hijos...», pensó Víctor, muy deprimido.

—Ura —alzó la voz.

—Dime, Víctor.

—¿Por cuánto tiempo seré vuestro prisionero?

—Hasta que mueras —respondió ella con indiferencia.

«Me exprimirán como un limón», pensó el terrestre lúgubremente.

De pronto, se fijó en algo que no había reparado hasta entonces.

En torno al esbelto cuello de Ura había una especie de collar de piedra vitrificada. Todas las amazonas lo tenían también. Las piedras parecían diamantes impuros, pero muy bellos, sin embargo.

¿Acaso era una especie de insignia tribal?, se preguntó.

—No te quejarás de nosotras —sonrió Ura—. En lugar de hacerte caminar, te llevamos con toda comodidad.

—Oh, sí, es cierto, muchas gracias ¿Quién me golpeó?

Los ojos de Ura brillaron con ferocidad

—Yo —respondió— Te arrojé mi lanza, pero vuelta la punta hacia mí. De otro modo, ahora estarías muerto

Víctor volvió a frotarse la cabeza.

—Eres muy hábil con las armas —elogió.

—Nuestro aprendizaje se inicia apenas podemos andar.

—Se comprende.

El terrestre se dijo que el viaje iba a durar algunos días. ¿No podría escaparse durante alguno de los períodos de descanso?

Ura pareció adivinar sus pensamientos.

—Ni lo sueñes —dijo—. Cuando llegue la hora de descansar, te ataremos de pies y manos. Además, una de nosotras vigilará constantemente.

Víctor ya no quiso seguir hablando. Sentíase casi completamente bien, pero prefirió fingir hallarse todavía algo aturdido. Al menos, no tendría que molestarse en caminar, atado a la cola de un caballo.

Al atardecer, el grupo de amazonas hizo alto.

Varias de ellas se desperdigaron en busca de caza. Otras cuidaron de los caballos y de encender la hoguera. Víctor quedó sentado, con los tobillos atados y una ¿oven robusta frente a él, con la lanza dispuesta en todo momento.

Al llegar la noche, Ura vino a él, con un enorme trozo de carne asada sobre unas hojas.

—Come —indicó, a la vez que se sentaba frente a él.

—Gracias. ¿Cordero?

—Por el estilo.

Ura tenía en sus manos lo que parecía la pierna de un cordero terrestre, a la que tiraba feroces dentelladas. De cuando en cuando, se limpiaba las manos grasientas en los muslos o en los costados.

—Ura, ¿os bañáis alguna vez? —preguntó él de repente.

—Claro. Todos los días. Nos gusta la higiene.

—Pero empleáis las manos para comer.

—Empleamos los dientes, tonto —rio ella estrepitosamente.

Víctor decidió no hacer el menor comentario sobre el particular.

—¿Matáis a los hijos varones? —preguntó.

—¿Por quién nos has tomado? —se escandalizó la amazona—. Queremos por igual a los niños y a las niñas..., salvo que los varones, cuando llegan a adultos, se ponen a trabajar.

—No debe de haber muchos hombres en tu tribu, cuando salís a buscarlos a varias jornadas de distancia —comentó Víctor.

—Bueno, la verdad es que, de cuando en cuando, nos aburrimos un poco —respondió Ura.

—Ya. Una forma de combatir el aburrimiento es salir de caza.

Ella sonrió maliciosamente.

—No es tan malo ser nuestro prisionero —manifestó—. Y, créeme, el trabajo no te matará.

—Pero no seré libre.

—Eso sí es verdad.

Ura limpió el hueso a dentelladas y luego lo tiróa lo lejos, por encima de sus desnudos hombros. Se palmeó el estómago desnudo, eructó y volvió a sonreír.

—Descansa. Mañana madrugaremos —dijo.

Víctor no contestó. Lo que menos sentía en aquellos momentos eran deseos de hablar.

¿Podría escapar algún día?

La perspectiva que Ura le había pintado no podía ser más tétrica. Sí, durante una temporada viviría placenteramente. Pero se imaginó la ciudad en donde vivían las amazonas.

Tal vez no era ciudad, sino una aldea con cabañas de paja o un poblado troglodita, lleno de críoscorreteantes y perros ladradores, llenos de basuras por todas partes, hediondo y apestoso... No, no era una visión demasiado agradable de su futuro.

Haría todos los posibles por escapar, se prometió a sí mismo firmemente. Sólo era preciso tener un poco de paciencia y estudiar con todo detenimiento el género de vida de las amazonas.

«Algún punto flaco tendrán», supuso.

Finalmente, acabó por dormirse.

De pronto, cuando ya había pasado un tiempo que no sabía calcular, despertó al sentir junto a su cuerpo una presencia extraña.

Abrió los ojos. En Zinoph había un gran satélite, mayor aún que la luna terrestre, el cual derramaba un notable resplandor sobre el suelo.

Víctor vio a su lado a una hermosa mujer, tendida de costado a su lado, con la sonrisa en los labios. Ella, de pronto, le puso una mano en la boca.

—No alces la voz —susurró—. Las demás duermen.

Con gran asombro por su parte, Víctor reconoció a la centinela. Ella, sin embargo, se había despojado ahora de todas sus armas. La sonrisa que lucía en los labios femeninos tenía un significado inequívoco.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—¿Qué importa? —respondió ella, a la vez que se inclinaba hacia el prisionero—. Lo qué importa es…

De pronto, Víctor sintió que una boca ávida se pegaba a la suya. Los labios de la amazona y del terrestre se fundieron en un largo beso.

Al cabo de un rato, la amazona se separó de él, sin aliento. Víctor alzó sus muñecas ligadas por una cuerda.

—Suéltame —pidió—. Me siento muy incómodo…

Ella movió la cabeza.

—No, no puedo permitir que escapes —sonrió.

—Ura puede enterarse…

—¿Se lo dirás tú?

Víctor acabó por sonreír también.

—Soy un hombre discreto —respondió.

—Me lo suponía —dijo la amazona ardientemente, a la vez que volvía a buscar sus labios con ansia.

Víctor cerró los ojos.

«Si esto sigue así, un día u otro, y quizá no esté muy lejano, conseguiré escaparme», pensó.

Estaba rotundamente equivocado.

CAPITULO III

Tres días más tarde, llegaron a la orilla de un inmenso océano, cuya orilla opuesta no se podía divisar. Las ilusiones de Víctor por escapar se derrumbaron inmediatamente.

Anclada en un fondeadero natural, vio la más extraña nave que su imaginación hubiera sido capaz de imaginar. Durante unos momentos, incluso, creyó soñar.

Aquello, ¿no era una galera romana?

Bueno, al menos era un buque de madera, propulsado por remos y también por dos enormes velas, ahora aferradas en sendas vergas de dos gigantescos mástiles. Sobre la cubierta de la nave, que Víctor calculó debía de medir unos noventa metros de eslora, se advertía un incesante movimiento.

De pronto, sonaron algunos gritos en la popa de la nave. Alguien voceó a pleno pulmón. Ura contestó por el mismo método.

Una gran plancha de madera unía la embarcación al muelle natural. Mientras Ura y sus amazonas descendían por la pendiente, varias mujeres, también jóvenes y parecidas, corrieron a su encuentro.

—¡Ura! —gritó la que iba en primer lugar.

—¡Uaia, hermana! —exclamó Ura.

Las dos amazonas se confundieron en un apretado abrazo. Otras jóvenes contemplaron a Víctor con gran curiosidad.

—Me alegro de tu regreso, Ura —dijo Uaia—. Has conseguido un prisionero, veo.

—Sí, aunque no se puede decir que la expedición haya sido demasiado fructífera. Cuatro de las nuestrasmurieron en un encuentro con los peludos. Nos sorprendieron... pero cuando reaccionamos, les dimos muerte a todos.

—¡Bien hecho, hermana! —aprobó Uaia—. En cambio, y no es por alabarme, he tenido más suerte que tú. Yo he conseguido cinco prisioneros.

—Espléndido. Si esto sigue así, tendré que dejarte el puesto de primera.

Uaia soltó una gran carcajada.

—¡No te preocupes, la suerte no siempre se pone de nuestro lado! —contestó—. Aunque esta vez hayas tenido algún fallo, sigues siendo la primera.

De pronto, los ojos de Uaia se fijaron en el prisionero.

—Ura, es un tipo de gran calidad —elogió.

—Sí, un excelente individuo.

Uaia empezó a dar vueltas en torno a Víctor.

—De él nacerán hijos fuertes y vigorosos, además de muy inteligentes —dijo.

—Lo suficientemente listos para acabar algún día, de una vez, con vuestro inhumano género de vida y vuestro predominio sobre los varones —exclamó Víctor, repentinamente malhumorado.

Uaia se volvió hacia Ura.

—¿Has oído, hermana? Este tipo dice unas cosas divertidísimas. ¡Acabar con nuestro predominio! Jamás había escuchado semejante disparate.

—Yo no quiero decir que los hombres os dominen algún día, sino que debe existir una igualdad absoluta…

Uaia palmeó con fuerza la espalda del prisionero.

—Vamos, vamos, no digas tonterías —exclamó, sin abandonar su tono jovial—. Ura, advierto que no has puesto el collar protector al prisionero —añadió de repente.

—Lo sé, pero tenemos que ajustarlo a la medida de su cuello. Ya lo haremos a bordo, hermana.

—Muy bien, entonces, creo que podemos zarpar. Hace ya mucho tiempo que abandonamos nuestra tierra y es hora de emprender el regreso.

—Sí, tienes razón.

Los caballos fueron embarcados y situados en un establo cubierto, a proa. Víctor observó que en el centrode la galera había un gran cuadrado de roca, una especie de losa, de cinco o seis metros de diámetro, por medio de grueso, sobre la que se veían unos enormes hornillos, apagados en aquellos momentos.

Eran las cocinas de a bordo. Víctor deseó que las amazonas, tan hábiles en la guerra, tuvieran la suficiente inteligencia como para acopiar provisiones y agua suficientes para una larga travesía.

Ura era la primera, lo que significaba una especie de capitanía sobre las demás amazonas, aceptada sin rechistar. Tal vez era una mujer noble entre las de su pueblo.

Víctor cruzó la plancha. Al poner el pie sobre la cubierta, vio los bancos de remeros de la banda de babor. Los hombres, prisioneros, estaban mezclados indistintamente con las mujeres.

«¿También prisioneras? ¿Por qué?», pensó.

La fuerte mano de Uaia se posó sobre su brazo.

—Ven, te asignaré un banco —dijo.

Momentos después, Víctor se sentaba sobre una dura tabla, al lado de una mujer, apenas vestida con dos trozos de tela, uno para las caderas y otro que rodeaba su pecho. Ella tenía la mirada perdida en el horizonte y ni siquiera volvió la cabeza cuando el nuevo prisionero se sentó a su lado.

—Ese es tu puesto —señaló Uaia—. No lo abandones sin pedir permiso a la primera de boga.

Víctor guardó silencio. La primera de boga, calculó, debía de ser una especie de cómitre. Y manejaría muy bien el látigo, calculó.

Uaia se marchó. El terrestre creyó prudente presentarse a su compañera dé banco.

—Me llamo Víctor —dijo.

—Thayna —contestó ella secamente.

* * *

Los remos se movían rítmicamente en un mar apenas turbado por leves olas. Sobre la pasarela central, una docena de amazonas, todas ellas armadas con sendos látigos, vigilaban atentamente los movimientos de los galeotes.

Había unos doscientos remeros, a cien por banda. Cada remo era manejado por una pareja de prisioneros, indistintamente de ambos sexos. En la popa, la primera de boga marcaba el ritmo golpeando un enorme mazo sobre una especie de timbal, de roncos sonidos.

Víctor llevaba puesto ya el collar protector, aunque no sabía de qué protegía. Todos cuantos se encontraban a bordo de la galera, usaban aquel collar, amazonas y prisioneros. Algún día se lo preguntaría a Ura. Tal vez no era sino una especie de fetiche..., algún ídolo extraño que quería representar al dios de la fertilidad.

De pronto, sonó una voz:

—¡Alto la boga! ¡Sopla buen viento!

Víctor y Thayna pusieron el remo horizontal. Una veintena de amazonas treparon ágilmente a lo alto de los mástiles, usando cuerdas de todo tipo, y desplegaron las velas, de grandes tiras blancas y verdes. Víctor se secó con el antebrazo el abundante sudor de la frente.

Los hornillos estaban encendidos, y sobre ellos había unas enormes calderas humeantes. A poco, una amazona vino con un gran cuenco de barro lleno de comida.

—Para los dos —indicó.

Víctor miró a su compañera de banco.

—Tendremos que comer con los dedos —dijo.

Thayna se encogió de hombros.

—Hay otras cosas peores —respondió.

—¿Por ejemplo?

—Arrojarme a los brazos de un hombre, para darle un hijo, sin amarle —contestó ella.

—No entiendo —dijo Víctor.

—Está bien claro. Debo tener al menos un par de hijos en la nación de las amazonas. Después me matarán. Quizá alguno de esos hijos sea tuyo.

—Yo creí que sólo capturaban varones…

—A veces, también capturan mujeres —respondióThayna—. Mueren muchas amazonas y no en la camaprecisamente.

—Son demasiado belicosas. Habría que hacer algopara conseguir que abandonasen semejantes costumbres…

Thayna rio amargamente.

—No lo intentes. Perderías el tiempo —dijo.

Víctor miró de reojo a su compañera de banco. Era una joven robusta, bien proporcionada, de senos firmes y desarrollados, lo que no excluía una esbelta cintura y unas piernas largas y bien torneadas. El pelo, oscuro, no era sin embargo completamente negro y sus ojos teman unas tonalidades verdosas sumamente atractivas.

—Thayna, ¿de dónde eres? —preguntó Víctor.

—Nací en una ciudad situada muy al sur, en dirección completamente opuesta a la que seguimos actualmente —respondió la interpelada—. Nuestro pueblo es pacífico y no ha guerreado jamás con sus vecinos. Pero no siempre somos respetados…

La voz de Thayna se quebró súbitamente. Asomaron unas lágrimas a sus bellos ojos.

—Mis padres y mi prometido murieron cuando ellas nos atacaron —agregó con voz trémula.

—Lo siento —musitó Víctor.

—Ahora ya no me queda nadie en el mundo. Ni siquiera podré tener a mis hijos junto a mí. Después de la lactancia, me los arrebatarán… y cuando haya criado al segundo, me matarán.

Víctor calló, muy impresionado por las palabras de aquella hermosa muchacha, arrancada tan bruscamente, con sangrienta violencia, a una vida plácida y sin altibajos. Thayna era fuerte y robusta, lo que indicaba una existencia al aire libre, sin ocios inútiles

y perniciosos, en completa libertad..., una libertad de la cual se veía ahora privada, para acabar más tarde muriendo a manos de una. despiadada amazona que ejecutaría en ella una ley tan bárbara como degradante.

—Thayna —bisbiseó—, a mí tampoco me gusta estar prisionero. Un día nos escaparemos, te lo prometo.

Ella le miró, levemente sorprendida.

—Pareces inteligente, pero huir será muy difícil —vaticinó.

—La conseguiremos —insistió él.

De pronto, un pie golpeó el hombro de Víctor. Elterrestre, con la cabeza situada al nivel de la pasarela central, miró hacia arriba.

—Te llama la primera —dijo una de las amazonas de guardia.

* * *

Ura estaba reclinada sobre un enorme montón de pieles, de muy vistoso aspecto, pero mal curtidas, a juzgar por el poco agradable olor que despedían. Los dedos de la mano izquierda de Ura jugueteaban con su collar protector, mientras ella sonreía de un modo extraño.

—Te he visto hablando con tu compañera de banco —dijo.

Víctor se encogió de hombros.

—Estábamos aburridos —contestó—. ¿O es que también vas a negar a tus prisioneros el derecho a conversar?

—Por supuesto que no. Es muy guapa, ¿verdad?

—Atractiva. Menos que tú, claro —dijo Víctor, sabiendo que le convenía halagar a la jefa de las amazonas.

Ura soltó una risita.

—¿De veras me encuentras más guapa que ella?

—Te lo juro. —Víctor alzó su mano derecha—. Eres la más

hermosa de todas. Y también la más valiente y la más hábil con las armas.

—No seas adulador —contestó ella— Víctor, empiezas a gustarme.

—Estoy a tu disposición, Ura.

La amazona suspiró.

—Tú también eres muy atractivo —elogió—. Me lo ha dicho Awia.

—¿Awia? ¿Quién es, Ura?

Ella rio de nuevo.

—No te hagas el ingenuo —dijo— Awia era tu centinela hace tres noches

Víctor se inclinó

—Soy un prisionero y los prisioneros deben obedecer a sus captores —respondió

—Entonces, me obedecerás a mí.

—No pienso desacatar tus órdenes, Ura.

—Muy bien. En tal caso, esta noche cenarás conmigo, en mi cámara.

—¿A solas?

—Hay ciertos casos en que toda compañía estorba —contestó Ura maliciosamente.

—Muy bien, tú me llamarás. Pero ahora quisiera que me aclarases algunas dudas que tengo…

—¿De qué se trata?

—Thayna, mi compañera de banco. Creía que sólo capturabais varones.

—Hasta hace poco tiempo, así era —repuso Ura—. No obstante, la asamblea de gobierno decretó que era preciso capturar algunas mujeres y obligarlas a concebir al menos un par de hijos, sobre todo, niño y niña, si era posible.

—¿Para qué? —se extrañó Víctor.

—Algunos sostienen que nuestra raza pierde vigor, a pesar de los collares protectores. Yo no lo creo así, pero mi deber es obedecer los dictámenes de la asamblea de gobierno. Con el tiempo, los niños nacidos de las prisioneras tendrán hijos a su vez y así sabremos qué hay de cierto en esas hipótesis.

—Ah, ahora ya lo entiendo...

—Lo celebro. ¿Tienes algo más que preguntarme? —sonrió Ura.

—Pues... tú has dicho ya algo sobre el collar protector, pero me gustaría conocer más detalles, si es posible.

—El uso del collar protector data ya de cientos de años. Al parecer, hace muchos siglos, nuestro pueblo sufría pérdidas enormes de vidas, sin guerrear siquiera. La mayoría de los niños morían al nacer, cuando no nacían muertos... y luego, al desarrollarse, aparecían muchos con grandes deformidades. Todos, no, por supuesto, de lo contrario, sus descendientes no ofreceríamos ahora un aspecto tan agradable, me parece.

Víctor sonrió.

—Muy agradable, en efecto —convino—. Pero sigue, por favor.

—Bueno, ya he dicho casi todo. Alguien descubrió las virtudes de estas piedras... y desde entonces, todosusamos el collar. La mortalidad infantil descendió espectacularmente y apenas si nacen ya niños deformes. Pero, a pesar de todo, se ha considerado útil conseguir algunas, prisioneras, para que tengan hijos, con prisioneros y hombres de nuestro pueblo.

—Vamos, un estudio genético.

—No sé qué es eso, aunque ya me lo explicarás mejor durante la cena —sonrió Ura—. Anda, vuelve a tu banco.

Víctor se inclinó con fingido respeto. Al incorporarse, vio que Ura le miraba a través de los párpados entornados.

—Esta noche serás de veras mi prisionero —dijo la amazona.

Víctor asintió. Dio media vuelta y abandonó la toldilla sombreada. Apenas había dado unos pasos, oyó un terrible griterío.

El mar se agitó súbitamente. Parecía hervir, como si en sus profundidades se produjera algún fenómeno plutónico.

Las amazonas chillaban aterrorizadas. De repente, algo salió del mar, tranquilo como un espejo hasta hacía unos segundos.

Víctor vio la cosa que emergía y lo creyó producto del delirio de una mente febril.

CAPITULO IV

Era un enorme tentáculo, con el grueso del cuerpo de un hombre, largo de más de veinte metros, y se dividía en dos hacia el final, pero cada uno de los nuevos tentáculos, terminados a su vez en sendas pinzas de pavoroso aspecto, medía cinco o seis metros de largo. Las pinzas, de color gris sucio, eran como mandíbulas de dientes en sierra, con una longitud no inferior a los tres metros.

Resultaba una visión de pesadilla. Aquellas pinzas,pensó Víctor, tenían la potencia suficiente para partir en dos a un hombre, sin la menor dificultad.

De pronto, otro brazo emergió de las aguas. Y otro y otro...

El griterío a bordo de la galera era aterrador. Amazonas y remeros corrían enloquecidamente de un lado para otro, sin acertar a tomar una decisión en un sentido u otro. Defenderse o escapar, pensó Víctor.

Repentinamente, el cuerpo de la bestia se hizo visible, al emerger de golpe fuera de las aguas.

¿Cuerpo o cabeza?

Víctor sintió náuseas. Aquella cosa no podía existir... y, sin embargo, la tenía a pocos metros de distancia, haciendo un ruido infernal con el castañeteo de sus pinzas, que se movían de forma horripilante.

La cabeza —¿o era el cuerpo?— tenía forma alargada y medía casi veinte metros de largo por la mitad de grueso. En el centro, entre los espantosos tentáculos, se veía una poca-pico, semejante a la de un saurio terrestre, pero enormemente más grande. Víctor calculó que aquella boca, que se abría y cerraba con rápidosmovimientos, no medía menos de cinco metros de largo. El diámetro de las fauces era de dos metros. De pronto, el monstruo atacó.

Cinco o seis tentáculos cayeron sobre la galera, destrozando la borda y atrapando a varios desdichados, que chillaron horriblemente durante unos segundos, antes de ser literalmente partidos en dos. Cascadas de roja sangre cayeron sobre la cubierta, junto con miembros despedazados y vísceras chorreantes.

La nave se estremeció de proa a popa, a la vez que daba unos bandazos tremendos, amenazando con zozobrar El monstruo se retiró, después del primer ataque, presumiblemente para consumir los restos todavía palpitantes de sus víctimas.

La confusión y el desconcierto a bordo de la galera eran enormes. Algunos, en su pánico, se lanzaban al agua y trataban de escapar a nado.

Era una acción completamente disparatada. Las pinzas actuaron de nuevo, cobrando más víctimas. Dos tentáculos emergieron de nuevo. Una pinza se cerró bruscamente a dos pasos de Víctor. La presa era Uaia, de cuya garganta brotó un indescriptible grito de horror, cortado súbitamente cuando su cuerpo fue seccionado en dos, por un seco golpe de aquellas pinzas calcáreas. Víctor se tambaleó. A popa, Ura chillaba como una demente, sin acertar a reaccionar.

El monstruo atacó una vez más. Su apetito parecía insaciable. En el nuevo asalto, capturó diez seres humanos, que desaparecieron en medio de horrorosos chillidos.

De pronto, Víctor recordó algo. —¡Thayna!

Sin saber por qué, corrió hacia la joven prisionera. Thayna continuaba todavía en su banco, aturdida por el espanto. Su pecho estaba cubierto de sangre, procedente de algún tripulante destrozado por las pinzas del monstruo.

—Vamos a morir —dijo ella.

—Aún podemos hacer algo para salvarnos. Ven, ayúdame.

Thayna se puso en píe. Víctor agarró el remo, largo de más de doce metros, y corrió con él hacia los hornillos, que seguían ardiendo milagrosamente.

El mar parecía haber recobrado su normalidad. Víctor metió la pala en uno de los fuegos.—Sujeta este remo, Thayna —ordenó.

Ella obedeció. Víctor agarró un segundo remo y repitió la operación en otro de los hornillos.

Debajo de él sonaron unos crujidos espantosos. Adivinó que el monstruo trataba de hundir la embarcación, destrozando la quilla a dentelladas

—¡Vamos, sal, sal! —gritó, en una especie de paroxismo provocado por la desesperación.

Más tentáculos surgieron y cobraron nuevas víctimas. Víctor maldijo la imprevisión de Ura. A bordo de la galera no había siquiera una balsa de salvamento. ¿Cómo lograrían escapar del naufragio, cuando la nave se hundiese?

Los remos empezaron a arder. Entonces, cuatro tentáculos surgieron y ondearon en el aire. La cabeza-cuerpo de la bestia se hizo visible una vez más.

Víctor se preparó para el nuevo ataque. Cuando vio que la boca-pico se orientaba hacia él, lanzó el remo ardiendo con todas sus fuerzas.

El ansia de salvarse infundió una potencia descomunal a sus brazos. El improvisado proyectil penetró hasta lo más hondo de las fauces de la bestia apocalíptica, que emitió un horripilante bramido, más propio de un ser fantástico que de un animal viviente. Los tentáculos volvieron a agitarse, más furiosos que nunca, y en un solo golpe, mataron a cuatro o cinco personas más.

Al mismo tiempo, otros tentáculos azotaban el casco de la nave con tremenda ira, abriendo enormes boquetes en la estructura. En una ocasión, Víctor tuvo que saltar hacia atrás, a fin de evitar ser partido en dos por una de las pinzas del monstruo.

El remo ardiente, sin embargo, había hecho ciertos efectos al animal. Thayna estaba junto a Víctor, con el otro remo, también encendido, y el joven se lo quitó, para arrojarlo por segunda vez, cuando la bocaza del ser se abrió de nuevo.

La galera había sufrido gravísimos daños y escoraba hacia babor, con visible riesgo de hundirse. Algunas de las amazonas, vista la actitud de Víctor, empezaban a reaccionar y arrojaban sus lanzas contra la bestia. Los proyectiles se hundían en la carne relativamente blanca de la cabeza-cuerpo, pero, a pesar de todo, la bestia no parecía haber perdido demasiada fuerza. Sus tentáculos seguían moviéndose y apresando nuevas víctimas para su apetito insaciable.

El fuego de los hornillos se desparramó, al inclinarse la embarcación. Víctor se dio cuenta de que la nave iba a hundirse en pocos minutos.

El peligro, sin embargo, subsistía. Una vez que estuviesen en el

agua, la bestia acabaría con todos. Muchos habían muerto ya ahogados o destrozados dentro del mar por los tentáculos de aquel ser cuyo apetito no parecía tener fin.

De pronto, Víctor miró hacia arriba. Los mástiles estaban inclinados, en un ángulo de unos treinta grados, precisamente hacia el lado donde se hallaba el monstruo. El joven pensó que sólo había una solución para acabar con la bestia.

—Thayna, haz lo que te diga —exclamó, corriendo hacia uno de los remos abandonados.

Ella le siguió en el acto. Víctor le entregó el remo. —Mantenlo vertical —pidió.

Estaban al pie de una de las escalas que permitían el acceso a la cruceta a la que se sujetaba la única verga del mástil. Víctor subió unos diez metros y se detuvo un instante, para agarrar el remo que le tendía la muchacha.

El monstruo parecía haberse retirado, como si tratase de ingerir las nuevas presas. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Víctor consiguió subir a la cruceta, a veinte metros sobre la cubierta, sin abandonar el remo. De pronto, la bestia volvió al ataque. Valientemente, Ura se enfrentó con el ser, junto con las últimas amazonas. Ocho o diez lanzas volaron por los aires, apenas unos segundos antes de que otros tan-

tos tentáculos ondeasen en busca de más presas. Ura lanzó un cortísimo, pero horripilante alarido, cuando una tenaza partió su cuerpo en dos mitades.

Entonces, algo cayó de las alturas como un meteoro.

Víctor se había lanzado, empuñando el remo por la pala. El otro extremo era romo, pero él contaba con su peso y la fuerza de inercia. Aquella improvisada lanza, de más de diez metros, cayendo verticalmente desde la altura, penetró profundamente en el cuerpo del monstruo.

Víctor sintió perfectamente la penetración del remo. Oyó ruidos de carne rasgada, huesos fracturados y cartílagos destruidos. La penetración cesó justo cuando sus pies se posaban sobre la epidermis de la bestia, entre los dos enormes ojos, de un diámetro muy superior al de la cabeza de su atacante.

Fue algo instantáneo. Los tentáculos cayeron de golpe y todo movimiento del animal cesó en el acto. Víctor supo así que el remo había alcanzado el cerebro del animal, que empezó a hundirse de inmediato.

La nave también se hundía. Víctor saltó al agua y nadó unas cuantas brazadas. Thayna le tendió una mano y él pudo trepar a una cubierta cada vez más inclinada.

—Has matado al monstruo —dijo, a la vez que le contemplaba admirada.

—Sí, pero esto se hunde. Y...

Víctor no se atrevió a agregar una sola palabra más. Al mirar a su alrededor, había podido darse cuenta de que él y Thayna eran los únicos supervivientes.

De pronto, se oyó un enorme crujido.

La galera se partía en dos mitades. Un enorme fragmento de la pasarela central se desgajó y empezó a flotar sobre las aguas.

Víctor agarró la mano de la muchacha.

—Salta —dijo.

Thayna le siguió sin vacilar.

* * *

La balsa era lo suficientemente grande para que dos personas cupieran sin agobio. El panorama, sin embargo, no era demasiado halagüeño.

Víctor había probado el agua del mar en que se hallaban.

Era salada.

Además, no tenían un solo trozo de carne. Nada de alimento.

Habían navegado por espacio de tres días. Víctor calculaba que se habían alejado centenares de kilómetros de la costa, cuando fueron

atacados por el monstruo. ¿En dónde se encontraban?

—No lo sé, jamás había estado aquí —contestó Thayna, cuando él formuló la pregunta en voz alta.

No obstante, Víctor, aun sin expresarlo claramente, abrigaba cierta esperanza. A bordo de la galera no había visto ningún instrumento de navegación. A menos que Ura se guiase por las estrellas o la posición del sol durante el día, la nave debía de haber seguido un rumbo no demasiado alejado de la costa.

Ahora lamentaba no haber comentado con Ura nada al respecto. Era posible, se dijo, que el vigía que siempre había en uno de los mástiles pudiese divisar la costa desde su puesto de observación, indicando desde arriba los cambios de rumbo necesarios para no perder de vista la tierra firme.

Por el momento, estaban salvados, lo que no era poco. El ataque del monstruo se había producido hacia el mediodía y el sol estaba ya muy bajo en el horizonte.

—Aún podemos resistir sin comer ni beber algunos días —dijo.

—A menos que nos ataque otra bestia —apuntó Thayna.

—Es posible que no haya tal ataque

—¿Qué te hace suponer eso?

—Bien, yo diría que somos un objetivo muy pequeño... Nunca había visto un animal semejante antes de ahora, pero juraría que era muy miope. Naturalmente, pudo ver una galera, que era de enormes dimensiones, nosotros, como puedes apreciar, ocupamos un espacio muchísimo más reducido. Además, una galera hace mucho ruido al navegar, por la acción de cien remos, moviéndose simultáneamente, y nosotros permanecemos silenciosos, aunque sea a la fuerza.

—Lo cual significa que no llamaremos la atención de ninguno de esos monstruos.

—Al menos, podemos abrigar esa esperanza. Thayna, tú dijiste que tu pueblo estaba hacia el sur.

—Sí, es cierto.

—Yo no había estado jamás en este planeta. ¿Hacia dónde cae el

sur?

Thayna tendió un brazo en determinada dirección.

—Allí —contestó.

Víctor lanzó una mirada al sol que ya enrojecía. Sí, los puntos cardinales tenían la misma orientación que en la Tierra. En cierto modo, era una ventaja para lo sucesivo... si conseguían salvarse.

La noche cayó. El ambiente era fresco, pero perfectamente soportable.

—Tendremos que empezar a pensar en la pesca —dijo Víctor después de un buen rato de silencio.

—Pero ¿cómo? No tenemos más que las manos desnudas...

Víctor sonrió.

—Yo sé bucear —contestó—. Y también sé emplear mis manos. —Miró a su alrededor—. Con paciencia, desgajaré una tabla y la aguzaré como sea, para hacerme una especie de arpón, con el que ensartar alguna presa. Comeremos carne cruda, pero, al mismo tiempo, los jugos del pescado nos calmarán la sed.

Thayna hizo una mueca de asco.

—Repugnante —calificó.

—Cuando tengas hambre y sed, el pescado crudo te parecerá el más exquisito de los manjares —vaticinó él.

Había una tabla medio suelta, sujeta por una tira de hierro, rota a consecuencia de una de las dentelladas del monstruo. El satélite de Zinoph daba luz suficiente, por lo que Víctor se puso a trabajar de inmediato.

Agotada, Thayna acabó por dormirse. Víctor siguió trabajando un buen rato, hasta que decidió que le convenía un descanso. Tendióse sobre la tabla, junto a la muchacha, y cerró los ojos.

En cuanto se hiciera de día, continuaría trabajando. En un par de horas, habría conseguido un rústico arpón. Los peces abundaban en aquel mar, algunos de buen tamaño. Antes de que acabase el siguiente día, habría conseguido alguna presa.

De pronto, sin saber cómo, se quedó dormido.

CAPITULO V

Una ligera sacudida le despertó. Víctor abrió los ojos y se dio cuenta de que ya había una ligera claridad hacia el este. Al mismo tiempo, oyó un extraño rumor.

La balsa sufrió una segunda sacudida. Entonces, Víctor se dio cuenta de que era rumor de olas chocando contra la tierra.

—¡Thayna!—gritó.

Saltó fuera de las tablas. El agua le llegaba a los muslos. A poca distancia vio una playa de suave pendiente.

—Vamos, Thayna, no te demores.

Tendió los brazos hacia la joven y ella, aún adormilada, se dejó llevar hasta la tierra firme. Víctor la dejó sobre la arena y miró sonriente a su alrededor.

—Esto parece un prodigio —exclamó.

Sentada en la playa, Thayna paseaba la vista en derredor. Como Víctor, creía hallarse bajo el influjo de un milagro.

—¿Cómo hemos podido llegar aquí? —murmuró.

—No hay más que una respuesta: algo de viento y las corrientes marinas —contestó él—. Pero en tierra firme, tarde o temprano, se encuentra agua y comida.

De pronto, reparó en la balsa que se agitaba suavemente a pocos metros de distancia.

—Thayna, ven, ayúdame —solicitó.

Ella empezó a reaccionar. Entre los dos, arrastraron la balsa cuanto pudieron. Aunque no lograron sacarla del agua por completo, al menos consiguieron evitar que se la llevase el reflujo de las olas.

—Thayna, yo voy a ver si termino de fabricar elarpón —dijo él, al concluir la tarea—. Ahora disponemos de más materiales y podremos construirnos un par de venablos, para cazar. Pero, sin

embargo, lo más urgente es encontrar agua.

—Yo iré a buscarla —contestó ella.

—Ten cuidado. No corras el menor riesgo. —Víctor lanzó una mirada hacia las tablas—. De ese trozo de hierro, con paciencia, podremos conseguir dos puntas para sendos venablos. Mientras, comeremos fruta... si la encontramos.

Thayna sonrió.

—Este paisaje es muy semejante al de la región donde yo vivía —manifestó—. Encontraré agua y fruta —aseguró.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el bosque cercano, que se iniciaba a cincuenta metros de la orilla. Víctor la contempló unos instantes, alta, erguida, esbelta como una diosa y fuerte y segura de sí misma.

Ahora, pensó, Thayna había quedado sola, tras perder a sus familiares. Pero la vida constante al aire libre, sin hacerle perder un ápice de su belleza, y pese al pacifismo de su pueblo, le había conferido una fortaleza y una robustez poco comunes.

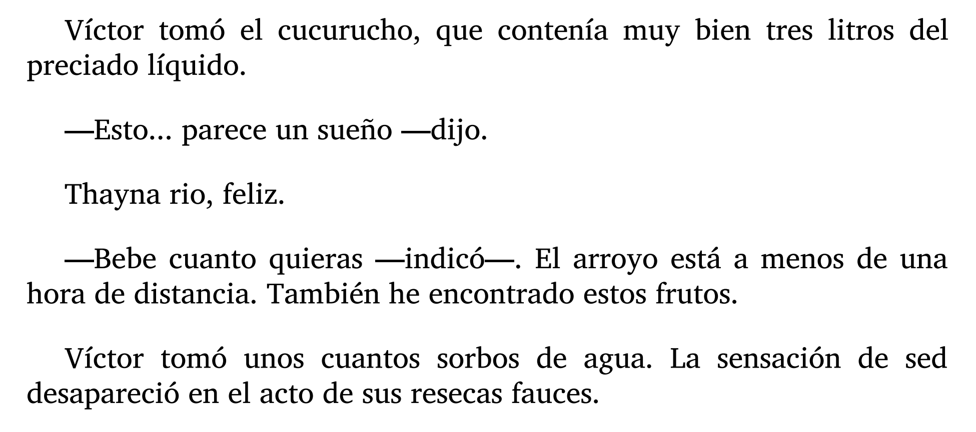
Podía serle muy útil como ayudante en el futuro, remató así sus reflexiones, mientras reanudaba el trabajo comenzado la víspera.

* * *

Thayna regresó horas más tarde, cuando ya Víctor había iniciado el proceso de aguzado y afilado de un trozo de hierro, a fin de convertirlo en una punta de lanza. La voz de la joven sonó alegremente y Víctor, al escucharla, suspendió su labor.

Estupefacto, contempló a Thayna, quien venía cargada con un grueso palo, del que pendían unos racimos de uva de tamaño excepcional y granos como ciruelas. El palo se apoyaba en su hombro izquierdo. En la mano derecha traía un gran cucurucho, construido con una enorme hoja de árbol, del que se desprendían algunas gotas de líquido.

—Es agua —indicó ella.



Víctor tomó el cucurucho, que contenía muy bien tres litros del preciado líquido.

—Esto… parece un sueño —dijo.

Thayna rio, feliz.

—Bebe cuanto quieras —indicó—. El arroyo está a menos de una hora de distancia. También he encontrado estos frutos.

Víctor tomó unos cuantos sorbos de agua. La sensación de sed desapareció en el acto de sus resecas fauces.

Luego comió uva. Era muy dulce y sabrosa. Al terminar, se sintió notablemente confortado.

—Esto cambia —dijo.

Thayna se había sentado en la arena, sobre los talones. Con las manos sobre las rodillas, le miró fijamente.

—Víctor, ¿qué piensas hacer ahora? —preguntó.

—Bien, yo vine de mi planeta en una astronave, buscando cierto mineral… —Durante las largas horas que habían permanecido en la balsa, le había relatado sucintamente su historia—. Hasta ahora, no se puede decir que haya sido muy afortunado, pero creo que debo cumplir esa misión.

—Me gustaría ayudarte, aunque yo no sé apenas cosas…

Víctor sonrió.

—Tú sabes cosas que yo ignoro —respondió—. Has vivido una existencia primitiva, es cierto; pero eso confiere grandes ventajas, en otro aspecto, sobre las personas dedicadas al estudio.

Ella le contempló críticamente.

—No tienes aspecto de hombre que se pasa la vida entre los libros —comentó.

—Me gustaba el deporte —dijo él—. Y aunque he estudiado mucho, nunca descuide mi educación física. Quizá por eso me eligió Hyssun —añadió pensativamente.

—¿Quién es Hyssun? —preguntó Thayna.

—Ya te lo contaré otro rato —respondió Víctor—. Thayna, ¿sabes trenzar cuerdas con fibras vegetales?

—Por supuesto. ¿Necesitas...?

—Sí, algo de cuerda me vendrá bien.

Ella se puso en pie.

—He visto caballos —anunció.

Víctor arqueó las cejas.

—¿Caballos?

—Sí, pero no me atreví a montar uno de ellos, porque debía traerte agua y se hubiera derramado. Los que he visto son de una raza muy mansa y su monta es facilísima. Aparte de ello, son de gran resistencia...

—¿Lo ves? —sonrió Víctor—. Sabes cosas que yo ignoro, pero ahora lo que más importa es un buen trozo de cuerda. Ya buscaremos los caballos en otro momento.

—Como digas.

Al finalizar el día, Víctor había construido ya un venablo.

Satisfecho, blandió el resultado de su labor. Era un palo recto, de dos metros de largo, rematado en una punta de hierro, hecha de un trozo de metal, aguzado y afilado en una roca arenisca y sujeto al mástil con la cuerda que había fabricado la muchacha.

—Mañana construiré el otro venablo —dijo—. Después, iniciaremos la marcha hacia el sur, aunque procuraremos caminar a poca distancia de la costa, a fin de no desorientarnos. De este modo, confío en encontrar mi nave dentro de algunas semanas.

—No habrá sufrido daños —apuntó Thayna, aprensiva.

Víctor se echó a reír.

—Podría permanecer mil años en el mismo sitio y un piloto que la encontrase transcurrido ese tiempo, la haría despegar sin la menor dificultad —respondió.

* * *

Dos días más tarde, abandonaron la playa. El agua y las uvas habían representado un considerable alivio para sus necesidades físicas. Víctor hablaba ahora de capturar alguna presa de carne comestible.

—Pero no tenemos fuego —dijo.

—Yo sé cómo encenderlo —manifestó Thayna—. Por eso no te preocupes.

—Elegí bien a mi ayudante —sonrió él.

—Me salvaste la vida, Víctor.

—Tú también pusiste algo de tu parte, pero será mejor que no hablemos más de este asunto. Lo que importa es el porvenir.

Caminaron durante una hora. De pronto, Thayna se detuvo y señaló una manada de animales que pacían tranquilamente en un extenso prado.

—Ahí están los caballos —exclamó.

La joven echó a correr. Mientras Víctor construía los venablos, ella había trenzado dos largas cuerdas, que sirvieron de bridas para dos robustos cuadrúpedos, de gran alzada y grupa poderosa. Los caballos se dejaron colocar las riendas improvisadas sin la menor resistencia.

—Te lo dije —rió Thayna, después de saltar ágilmente a lomos de la montura elegida.

Víctor montó también. Con gran sorpresa por su parte, encontró que se mantenía sin dificultades sobre el lomo de su caballo, a pesar dé que éste marchaba con lo que le pareció un desenfrenado galope.

Sin embargo, era una velocidad moderada. Cuando llevaban un cuarto de hora de marcha, Thayna azuzó a su montura y la hizo salir disparada.

Segundos después, se ladeaba ligeramente y arrojaba el venablo con toda la potencia de su bronceado brazo derecho. El arma atravesó en el acto a un animal de cierto parecido con un cerdo terrestre.

—¡Ya tenemos comida! —gritó la joven alegremente, después de que hubo rematado a su presa con el mismo venablo.

Víctor saltó al suelo.

—Yo lo desollaré —dijo—. Ocúpate del fuego, Thayna.

—Está bien.

Media hora más tarde, ardía una alegre hoguera, sobre la que, en un asador improvisado con ramas verdes, colocaron dos grandes piernas de una carne de aspecto sumamente apetitoso. Un exquisito olor se expandió por la atmósfera minutos más tarde y Víctor sintió que la boca se le hacía agua.

Los caballos, convenientemente atados, pacían a poca distancia. Después de saciar el apetito, Víctor se tendió sobre la hierba, con las manos bajo la cabeza.

—¿Sabes? —dijo, después de unos minutos de silencio—. Me entran ganas de quedarme aquí para siempre.

—No puedes hacerlo —le reprochó ella—. Tu planeta corre un serio peligro. Tu deber es salvarlo de la destrucción.

Víctor suspiró.

—Sí, lo sé..., pero en Zinoph se está tan bien... Hay tanta paz...

Thayna lanzó una sarcástica carcajada.

—Después de lo que has visto y sufrido, ¿hablas de paz en este planeta? Víctor, yo no conozco el tuyo, pero, créeme, si me llevas a la Tierra, caso de que consigas volver a tu nave v encontrar el maxenergyl, no echaré de menos este mundo donde campea la ley del más fuerte, donde morir es infinitamente más fácil que vivir y en donde la vida es una agonía perpetua. No, no te dejes engañar por esta paz, que sólo es aparente. En cualquier momento, pueden sobrevenir de nuevo los conflictos...

Aquellas palabras parecían encerrar un siniestro presagio. Antes de que Thayna pudiese terminar su tétrico discurso, dos hombres aparecieron de súbito ante la pareja.

CAPITULO VI

Víctor se enderezó en parte. Thayna, por su parte, alargó la mano hacia el venablo que tenía a su lado.

—¡No lo toques! —dijo ásperamente uno de los recién llegados.

Hubo un instante de silencio. Víctor contempló a los dos sujetos, vestidos de una forma un tanto estrafalaria, con una especie de corazas hechas de conchas de crustáceos, sujetas a unas recias tiras de cuero que envolvían su tórax por completo. Los muslos y las piernas iban protegidos por análogo blindaje y en la cabeza, a modo de casco, hábilmente trabajado, llevaban otras conchas mucho mayores, sujetas bajo el barbudo mentón por una correa de cuero muy ancha y de análoga reciedumbre.

Eran hombres de mediana estatura, velludos y algo zambos, tremendamente robustos. El rostro no tenía nada de agradable, debido a que los ojos y la boca eran apenas visibles, por la espesa pelambrera que los rodeaban.

Lo peor de todo eran las extrañas armas que portaban, semejantes a ballestas medievales, pero mucho más grandes y con una especie de tubo de metal en el centro, de diez centímetros de grueso por casi dos metros de largo. A la espalda, en una aljaba de cuero, portaban un buen puñado de flechas, también de metal y de metro y medio de longitud.

—No pretendemos naceros daño —dijo Víctor, a la vez que se ponía en pie—. Vamos de paso...

El guerrero que había hablado en primer lugar, señaló a Thayna con la mano libre.

—Si quieres seguir, ella debe pagar —dijo.

—¿Cómo? —respingó Víctor.

El otro barbudo rió con fuerza.

—¿No lo has entendido, idiota?

—Podríamos quedarnos con esa mujer, pero te la dejaremos..., después de que ella haya pagado el derecho de paso de vosotros dos.

Y será mejor que no te resistas o de lo contrario… Verryl, hazles una prueba.

—Sí, Kubol —contestó el aludido.

Verryl puso horizontal la ballesta y apuntó hacia el tronco de un árbol, semejante a un chopo, que mediría unos treinta centímetros de diámetro. Apretó un disparador y algo parecido a un relámpago de plata partió del tubo de metal del arma.

Víctor oyó el seco chasquido del impacto de la saeta en el tronco, pero el proyectil no se quedó clavado, sino que atravesó limpiamente el árbol, perdiéndose de vista sin haber disminuido apenas su velocidad. Víctor no se sentía siquiera capaz de calcular la distancia alcanzada por la saeta.

—¿Todavía no te das por convencido?

Verryl había hecho la pregunta en vista del silencio del terrestre. De súbito, giró a su izquierda y volvió a disparar la extraña ballesta, sin que aparentemente la hubiera recargado.

Esta vez fueron dos disparos, tan seguidos, que casi parecieron uno solo. Los caballos, que pacían a unos veinte pasos de distancia, cayeron fulminados, cuando las saetas les traspasaron los cráneos, yendo luego a perderse en la distancia, sin que el atónito Víctor, al igual que en la ocasión anterior, pudiera ver dónde acababa la trayectoria de aquellos proyectiles.

Un arma extraña, pero temible, pensó. Y, a pesar de su estrafalario aspecto, aquellos barbudos no eran tan salvajes como parecían.

Bruscamente, se le ocurrió una idea.

—De modo que ella debe pagar con sus encantos el derecho de paso —dijo.

—Vaya —rió Kubol—, parece que empiezas a comprenderlo. Podríamos llevárnosla como esclava, pero somos generosos y te la dejaremos.

—Oh, sí, muy generosos —sonrió Víctor—. Pero… escucha, quiero decirte una cosa. Acércate, por favor.

Kubol titubeó un instante, pero acabó por aproximarse al joven.

—Cuidado —advirtió—. No trates de hacerme una jugarreta o sería peor para ti.

—Mis intenciones son buenas —mintió el terrestre—. Ven, apartémonos a un lado... Tengo que decirte una cosa. Luego se la comunicas tú a Verryl y después ya decidiréis. Es sobre la mujer, ¿comprendes?

—¿Qué le pasa?

Víctor movió la mano, a la vez que retrocedía unos cuantos pasos más. Kubol, devorado por la curiosidad, le siguió en el acto.

—Bueno, la verdad es que... —Víctor habló en voz baja, a fin de aumentar el interés de su interlocutor—. Yo podía permanecer callado, pero me repugna que dos hombres tan fuertes e inteligentes puedan morir dentro de pocos días... ¡Esa mujer lleva la muerte consigo! ¡Quien la toque, morirá!

Kubol respingó.

—¡Por los cien mil demonios de Yshan! ¿Cómo puedes decir...? Pero si se ve tan hermosa y robusta...

Víctor sonrió.

—Yo soy médico v sé lo que me digo. La encontré hace unas semanas, junto a un hombre que agonizaba. Ese hombre me dijo que había muerto por... bueno, por lo mismo que queréis vosotros. Ella padece una horrible enfermedad, que contagia al que... ¿Entiendes?

—Nunca había oído nada semejante —declaró Kubol, pasmado.

Víctor le puso la mano derecha sobre el hombro, con ademán confianzudo.

—De todas maneras, si quieres arriesgarte, allá tú —añadió.

Kubol vacilaba. El cañón de su ballesta estaba inclinado hacia el suelo. De súbito, con gesto fulminante, Víctor alargó la mano derecha y sacó una saeta de la aljaba, apoyando la punta inmediatamente bajo la oreja izquierda del barbudo.

—Kubol, si no tiras la ballesta ahora mismo al suelo, te mataré —dijo.

Se oyó una terrible maldición. Súbitamente, Thayna lanzó un grito.

Víctor volvió levemente la cabeza. Verryl le apuntaba consu ballesta.

El joven saltó a un lado, a la vez que empujaba a Kubol con la mano izquierda. La saeta disparada por Verryl traspasó limpiamente el cuello de su compañero.

En el mismo instante, Thayna, empuñando el venablo, se lanzaba hacia adelante. Verryl intentó volverse, pero ya era tarde: la punta de hierro penetró en su garganta, bajo la barbilla.

Verryl se desplomó, pataleando convulsivamente. No obstante, sus movimientos cesaron a los pocos segundos.

Kubol había muerto también. Víctor se inclinó y se apoderó de su ballesta. Thayna corrió hacia él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ansiosamente.

Víctor sonrió.

—Me preocupabas tú —contestó.

Ella estaba muy pálida.

—He tenido que matar a un ser humano...

—Simplemente, te has defendido. No tienes nada que reprocharte.

—Te he defendido a ti —protestó ella.

—Bueno, no discutamos sobre este tema. Pero, como comprenderás, yo no podía consentir que estos salvajes abusaran de ti.

—No lo hubiera permitido, Víctor. Jamás he amado a un hombre —declaró ella orgullosamente.

Víctor la miró de pies a cabeza.

—En estas civilizaciones, las mujeres suelen tomar esposoa una edad muy temprana —dijo. .

—Yo no tenía ninguna prisa. Pero ¿qué le dijiste? Parecía muy asustado.

—Te lo contaré en otro momento —sonrió él—. Ahora quiero aprender el manejo de estas armas.

Examinó la ballesta. El arma se cargaba por detrás. Una manivela hacía girar unas diminutas ruedas dentadas, que colocaban los potentes resortes en situación. Dentro del tubo había espacio para cuatro saetas. La ballesta, una vez cargada el arma, tenía cuatro posiciones de disparo, lo que permitía el lanzamiento de los cuatroproyectiles, uno tras otro, sin necesidad de tensar el arco, hasta que el tubo quedaba vacío.

La manivela permitía realizar la operación con un mínimo de esfuerzo. Víctor enseñó a la muchacha el manejo del arma, aunque se prometió a sí mismo aliviar la tensión del arco; en realidad, no necesitaba que sus saetas alcanzasen una gran distancia, sino que solamente diesen en el blanco.

—Pero nos hemos quedado sin caballos —exclamó Thayna, desanimada, un poco más tarde.

—Caminaremos a pie —dijo él, resuelto.

Apenas había pronunciado estas palabras, se oyó rumor de cascos de caballo en Jas inmediaciones. Crujieron unas ramas.

Un par de segundos más tarde, Víctor y Thayna vieron a los seres que habían originado aquel ruido. Víctor se preguntó una vez más si todo lo que le estaba sucediendo no era en sueños. Debía de estar aún en la Tierra, durmiendo apaciblemente en su casa. Por la mañana despertaría y...

Pero no, no era ningún sueño. Aquellos centauros, los animales mitológicos, mitad hombre y mitad caballo, eran seres vivos, de carne y hueso.

* * *

Los centauros, cuya parte humana era perfectamente proporcionada, debían de ser el resultado de alguna extraña mutación, cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos. Ambos eran del sexo masculino. «¿O son machos», se dijo Víctor, momentáneamente desconcertados.

Thayna fue la primera en reaccionar.

—Víctor, mira, ya tenemos cabalgaduras —exclamó.

—Eh, poco a poco —dijo uno de los centauros—. A nosotros no nos monta nadie...

La ballesta apuntó hacía el pecho animal.

—Lo siento, pero os necesitamos —dijo Víctor.

—Debéis ayudarnos —solicitó Thayna.

—Jamás hemos llevado un jinete ...

—Los tiempos cambian, amigo —sonrió el terrestre—. Por cierto, ¿tienes nombre?

—Me llamo Du —contestó el centauro—. Este es Ro.

—Ella es Thayna. Yo soy Víctor. Du, Ro, lo siento mucho, no nos gustaría haceros daño, pero, insisto, necesitamos de vosotros.

Los ojos de Du contemplaron durante unos instantes los dos cuerpos que yacían sobre la hierba.

—¿Habéis sido vosotros? —preguntó.

—Sí. Tuvimos que defendernos.

—Es la primera vez que vemos a unos guerreros peludos muertos a manos de otros —dijo Ro.

—Ya ves, no eran invencibles.

—Hemos visto a muchos guerreros más. Deben de ser alrededor de quinientos, quizá más. Nosotros pudimos escondernos, por eso no nos vieron.

—¿Os habrían atacado? —preguntó Thayna.

—Sin duda. Para esos salvajes peludos, la carne de centauro es un bocado exquisito.

Víctor sonrió.

—Eso sería semiantropofagia —dijo.

—¿Cómo? —se extrañó Du.

—Nada, no te preocupes. Bueno, si corréis el peligro de terminar en una hoguera, para servir de asado a los peludos, nosotros estamos en parecidas circunstancias. No digo que nos vayan a comer también, pero si nos encuentran aquí, querrán desquitarse por haber matado a dos de los suyos.

Du se volvió hacia su compañero.

—Tenemos que tragarnos el orgullo —dijo.

Ro asintió.

—Pero, cuando estemos a salvo, nos daréis una satisfacción por tener que someternos a esta humillación —añadió.

—Lo que quieras —contestó Víctor—. Esos guerreros, ¿están muy lejos?

—A menos de cinco minutos de distancia. Y caminan muy de prisa —dijo Ro.

—Vienen hacia aquí, ¿eh?

—Sí.

—Verryl y Kubol debían de ser una especie de exploradores, pero si se desviaron de su misión, lo han pagado muy caro. ¡Vamos, Thayna!

Víctor se puso a la espalda la aljaba con las saetas. Empuñó la ballesta con la mano izquierda y aceptó la que le tendía Ro para trepar a su lomo.

Instantes después, los centauros partían a todo galope. Víctor apoyó la mano izquierda en el hombro de Ro, a fin de sujetarse mejor. El centauro corría sin sentir apenas el peso de su jinete. Du galopaba a su lado, llevando a Thayna con toda facilidad.

El suelo era en ligera pendiente descendente, lo que facilitó la marcha de los centauros. En pocos segundos, el bosque quedó atrás.

Los fugitivos salieron a terreno descubierto. Era una gran llanura amarilla, en la que, en ocasiones, se veían grandes aglomeraciones de rocas que, sin embargo, no alcanzaban demasiada altura.

De pronto, cundo apenas habían transcurrido dos minutos desde que iniciaran la marcha, se oyó un agudo zumbido, como si cientos de avispas se dispusieran a lanzar un ataque, con sus temibles aguijones.

Víctor volvió la cabeza un instante. La sangre se le heló en las venas al divisar la nube de plateadas saetas que volaban parabólicamente hacia ellos.

CAPITULO VII

Du y Ro se dieron cuenta igualmente del peligro y aceleraron el ritmo de su galope. Las saetas se hincaron en el suelo, a poca distancia de sus grupas, con el tétrico sonido de una mortífera granizada.

—¡A las rocas! —gritó Víctor—. ¡Es nuestra única salvación!

No lejos de aquel paraje había un roquedal, que parecía un muro construido por las fuerzas de la naturaleza. El temor de morir acribillado no permitía a Víctor sentir asombro por el fenomenal alcance de aquellas ballestas, cuyos proyectiles llegaban desde más de dos kilómetros de distancia.

Sin duda, los peludos —¿no los había mencionado ya Ura?— disponían de un director de tiro. La segunda descarga, de varios cientos de saetas, estuvo a punto de alcanzarles. Algunos de los proyectiles chocaron contra las rocas y rebotaron con extraños silbidos.

Víctor saltó al suelo y trepó a lo alto de las rocas, con la ballesta en las manos. Sintióse tentado de lanzar unos cuantos proyectiles, pero desistió en el acto.

Los peludos resultaban invisibles a causa de la distancia. En cambio, ellos eran vistos. ¿Alguien tenía un catalejo?

El cielo se pobló súbitamente de puntos brillantes.

—¡Cuidado! —avisó a voz en cuello—. Han lanzado otra descarga.

Thayna y los centauros se pegaron a la base de las rocas. Las flechas llegaron al final de su trayectoria parabólica, pero el ángulo de caída era demasiado pronunciado y cayeron sin causarles el menor daño.

El peligro, sin embargo, no había pasado.

Víctor descendió de su puesto de observación.

—De momento, estamos a salvo —dijo, mientras veía caer por detrás de las rocas otra lluvia de saetas—. Pero tenemos los flancos al descubierto.

—Aún podemos escapar —contestó Ro.

—Moriríamos acribillados antes de dar una centena de pasos. Alguien dirige el tiro de los peludos y lo hace muy acertadamente, una vez corregidas las primeras salvas. Pero en cuanto adviertan de que sólo podemos defendernos por el frente, nos atacarán por ambos flancos.

Du y Ro cambiaron una mirada.

—Nosotros somos muy rápidos —dijo el primero.

Ro asintió. De pronto, los dos centauros arrancaron a todo galope.

Víctor y Thayna quedaron solos. Ro y Du corrieron durante unos segundos, ganando un par de cientos de metros. De repente, una espesa nube de saetas se abatió sobre los dos centauros.

Sonaron unos gritos de dolor, extrañamente transformados en relinchos. Luego, los centauros cayeron al suelo, convertidos en sendos acericos. Todavía patearon un poco, antes de quedarse quietos.

Thayna estaba muy pálida.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo.

Víctor se mordió los labios. La situación en que se hallaban no tenía nada de agradable.

De pronto, reparó en las causas del color amarillento de la llanura, que tanto le había chocado en un principio, aunque entonces no le concedió la menor importancia.

Antes de que pudiera decir nada, se oyó el estremecedor zumbido de cientos de saetas que volaban mortíferamente. Agarró a Thayna con una mano y la atrajo hacia sí, aunque sabía muy bien que aquellos proyectiles traspasarían ambos cuerpos con toda facilidad, si llegaban a los blancos deseados.

Las saetas cayeron sobre las rocas y sus inmediaciones con siniestro chisporroteo. Víctor decidió subir de nuevo al observatorio, pero cuando llegó arriba pudodarse cuenta de que los atacantes resultaban todavía invisibles.

—Deben de estar a un par de kilómetros de distancia —dijo, mirando hacia abajo—. Sin embargo, antes de veinte minutos

podemos tenerlos aquí.

—Y no tendremos salvación —murmuró Thayna, con acento lleno de pesimismo.

—Sí, hay una forma de salvarse. Tú sabes encenderfuego.

—Desde luego.

—Entonces, no pierdas más tiempo. Yo reuniré materiales para encender una pequeña hoguera.

Protegidos por las rocas, hicieron acopio de ramitas y puñados de aquella espesa hierba seca, que era lo que daba color amarillo a la llanura. Víctor contemplo casi con fascinación el antiguo pero efectivo método que empleaba la muchacha para encender el fuego, por medio de la fricción de dos palitos.

Un minuto más tarde, ella sopló suavemente sobre las primeras brasas. En pocos segundos, se vieron algunas llamitas.

Víctor hizo unos cuantos atados de hierba seca y los prendió en la hoguera. Corrió hacia lo alto de las rocas y lanzó los manojos ardiendo al otro lado.

Thayna subió también, con varias de aquellas improvisadas teas, que Víctor hizo fueran esparcidas en un amplio semicírculo frente al roquedal. A los pocos momentos, se elevaron las primeras llamaradas, que despedían también una espesa nube de humo.

La respuesta a su acción fue una serie de descargas de saetas, que cayeron por todas partes, sin causarles el menor daño. El viento era muy débil, pero lo suficiente para propagar el fuego con gran rapidez, en dirección a los atacantes.

Cinco minutos después, una enorme barrera de llamas avanzaba al encuentro de los peludos. Víctor calculó que el incendio se extendería por toda la llanura.

—Incluso puede que arda el bosque —dijo.

Pero lo importante era salvar la vida. Una vez que estuvo seguro de que el incendio les hacía invisibles a los ojos de los peludos, agarró la mano de Thayna y tiró de ella.

Algunas saetas silbaron cerca de la pareja, pero los tiros eran

erráticos, sin puntería. Una vez volvió Víctor la cabeza y pudo advertir que el frente del incendio alcanzaba una enorme extensión.

Espesas nubes de humo oscurecían el cielo. Tranquilo ya, Víctor refrenó su marcha.

Sonriendo, miró a la muchacha.

—Estamos a salvo —dijo.

Thayna sonrió también.

—Tienes un gran ingenio —elogió—. A mí no se me habría ocurrido una cosa semejante.

—Cuando la vida está en peligro, la necesidad aguza el ingenio —respondió él sentenciosamente. De pronto, sintióse acometido por cierto decaimiento—. Me pregunto a qué distancia estaremos de mi nave.

—¿Tienes mucha prisa por encontrarla?

Víctor hizo un gesto ambiguo.

—Realmente, no demasiada..., pero me sentiría mucho más seguro si en estos momentos la tuviera a la vista.

Thayna le dirigió una mirada de simpatía.

—La encontraremos —vaticinó.

Víctor asintió. Pensaba de la misma manera..., aunque también sospechaba que podían pasar semanas y aun meses antes de llegar a la nave.

Y, mientras tanto, ¿qué nuevos peligros acechaban en Zinoph, aquel planeta en donde la mayoría de sus habitantes parecían vivir sólo para matar?

* * *

Durante los días que siguieron, no ocurrió ningún incidente notable. La llanura estéril había quedado atrás. Habían encontrado

corrientes de agua, donde pudieron bañarse y saciar la sed. Thayna había demostrado más de una vez ser una experta cazadora. Por tanto, el hambre había dejado de ser un problema.

Las ropas que vestía Víctor estaban ya muy destrozadas. El joven pensó que lo mejor era deshacerse de aquellos harapos. Después de un baño en un arroyo de frescas aguas, tomó el venablo, que no había abandonado, a pesar de todo, y con el hierro cortó el mono de vuelo, reduciéndolo a un par de pantalones cortos. Caminaban paralelamente al mar, procurando no perderlo de vista. Víctor sabía que de este modo, tarde o temprano, llegarían al paraje en donde había tomadotierra.

—Cuando la encontremos, te daré ropas —dijo ciertodía.

Thayna le miró con asombro.

—¿Para qué? Así me encuentro bien —contestó.

—¿Siempre has vestido de esa manera?

—En mi pueblo, las mujeres visten así, hasta que tienen cierta edad. Entonces, usan una túnica corta, aunque sin mangas.

—Al menos, no tenéis las preocupaciones de la moda —sonrió él. De pronto, quiso saber algo—. Thayna, ¿qué ceremonias se celebran en tu pueblo para el matrimonio entre dos seres que se aman?

—¿Ceremonias? —se asombró la muchacha—. Ninguna, eso no se estila entre nosotros.

—Vaya —respingó Víctor—. Entonces, ¿cómo se sabe que un hombre y una mujer son esposos?

—Oh, es bien sencillo. Si se aman, cosa que ya se han comunicado antes, ella y él se dan la mano delante de sus familiares.

—¿Nada más?

Thayna se sonrojó.

—Bueno, luego se retiran…

—Sí, comprendo. Eso también lo hacemos nosotros.

—¿Cómo? ¿Estás casado?

—Oh, no. —Víctor se echó a reír—. Sólo quise decir que, después de la ceremonia, los esposos también se retiran, lejos de miradas indiscretas.

—Ahora ya entiendo. ¿Es muy complicada esa ceremonia entre vosotros?

—Bueno...

Víctor se lanzó a una explicación sobre la forma en que se realizaban las bodas en la Tierra, dependiendo la ceremonia de muchos factores. Cuando termino, Thayna meneó la cabeza.

—Me gusta más lo que se hace aquí —dijo. -Pero tú no has dado aún la mano a un hombre...

Me refiero a aceptarle como esposo, ya que, en ocasiones, yo te la he cogido para ayudarte a escapar. —Sí, es verdad.

De pronto, Thayna divisó una presa para su venablo y echó a correr.

—¡Reúne leña para el fuego! —gritó. Víctor paseó la mirada por las inmediaciones. No lejos de aquel lugar se veía un arroyo, flanqueado por largas hileras de frondosos árboles. Había hierba en abundancia y, a lo lejos, se divisaban unas colinas de extraña conformación.

Aquellas lomas parecían de roca viva, de color rojo muy intenso, con bandas más oscuras. En sus laderas, la aridez era absoluta.

Después de cenar, Víctor se tendió en la hierba, con las manos bajo la cabeza. Contemplaba las estrellas. Alguna de aquéllas, pensó, era el Sol de la Tierra. Pero, pese a la relativamente corta distancia, once años luz, el Sol terrestre resultaba muy pequeño para divisarlo satisfactoriamente.

Estuvo así un buen rato. Luego sintió que le invadía el sueño, pero cuando ya empezaba a dormirse, oyó la voz de Thayna:

—Víctor.

El joven se sentó en el suelo. A unos pasos de distancia, entre la espesura, divisó una forma blanca.

—Víctor —llamó ella de nuevo.

Él se puso en pie y avanzó unos pasos. De pronto, se dio cuenta de

la forma en que se hallaba la muchacha.

Thayna le tendió la mano derecha.

—¿La aceptas? —preguntó con dulce sonrisa.

Víctor demoró la respuesta unos segundos.

—¿Lo haces por gratitud? —preguntó al cabo.

—Por amor. ¿Tú me amas?

—Sí.

—Entonces, dame la mano.

Víctor obedeció. Al sentir en su mano el cálido contacto de la de Thayna, pensó que ella sería su mujer por el resto de sus días.

* * *

Dormían sobre la hierba, estrechamente abrazados, cuando, de pronto, se oyó a lo lejos una especie de melodía, triste y, al mismo tiempo, sumamente atractiva.

Víctor se sentó y miró a lo lejos. Un leve resplandor surgió en la noche, hacia las colinas.

—Thayna.

La muchacha despertó en el acto.

—¿Qué sucede, Víctor? —preguntó, a la vez que volvía a abrazarle apasionadamente.

—Mira allí —indicó él.

Thayna contempló el extraño resplandor y también escuchó la melodía. De repente, se apagó la luz y volvió el silencio.

—Tengo miedo —musitó la joven.

Víctor la abrazó con fuerza.

—Estás a mi lado —dijo—. No debes temer nada.

Pero él mismo no se sentía demasiado tranquilo. Aquel extraño fenómeno le había preocupado más de lo que quería admitir.

Sin embargo, todo parecía tranquilo. No se percibían ruidos amenazadores y los guerreros peludos quedaban muy lejos.

Thayna estaba mucho más cerca. Su cuerpo era cálido, esbelto, y sus labios resultaban fragantes y ardorosos. La mano que ella le había entregado al anochecer era solamente el símbolo de su propia y total entrega.

Por la mañana, al despertar, tras el baño en el arroyo cercano, Víctor tomó la decisión de intentar averiguar el origen de aquel extraño fenómeno.

—¿Crees que debemos hacerlo? —preguntó Thayna.

—No nos separará demasiado de nuestra ruta. Aquella luz procedía de las colinas de roca y las tenemos solamente a unos cinco kilómetros. ¿No quedamos de acuerdo en que no teníamos demasiada prisa en regresar a la nave?

—Sí, tienes razón.

A los pocos minutos, habían abandonado el bosque y se adentraban por una planicie, que iba perdiendo elverdor a cada paso que daban. Una hora más tarde, se encontraban al pie de la hilera de lomas rocosas.

La altura de las colinas no era excesiva, unos trescientos metros, como máximo, pero el aspecto resultaba impresionante, no sólo por su colorido, sino porque sus paredes caían a pico, verticalmente, sin apenas salientes, como muros casi completamente lisos, alterada su superficie solamente por algunas grietas de escasa profundidad.

Víctor se sintió empequeñecido al contemplarse a sí mismo con los ojos de la imaginación al pie de aquellos colosales farallones. El silencio del ambiente aumentaba aquella extraña sensación de pequeñez e indefensión ante algo raro, que no se atrevía siquiera a imaginar.

De repente, se oyeron a lo lejos algunos gritos.

Víctor se volvió y Thayna hizo lo mismo. Ella emitió un gemido de

horror.

A unos cuatrocientos pasos de distancia, se divisaba Un numerosísimo grupo de hombres armados con ballestas. Víctor comprendió en aquel instante que los peludos, pese a sus suposiciones, no habían abandonado la persecución.

Eran seres rencorosos, que no perdonaban la muerte de dos de su raza. Había más de quinientos y todos ellos tenían aprestadas las ballestas.

Súbitamente, quinientas saetas surcaron los aires, dirigiéndose como espeso enjambre de mortales abejas hacia los dos jóvenes.

CAPITULO VIII

Thayna se volvió, estrechamente abrazada a Víctor, quien, a su vez, se colocó por instinto delante de ella, para protegerla con su cuerpo.

Pero el joven sabía que era un gesto inútil; aquellas saetas tenían el suficiente impulso para traspasar los dos cuerpos sin la menor dificultad.

Muchas errarían el blanco, sin duda; pero sobrarían proyectiles para traspasarles. Sin dejar de abrazar a la joven, Víctor escorzó la cabeza, para contemplar el mortal vuelo de las saetas.

De repente, las flechas parecieron chocar contra un muro invisible, situado a unos metros de distancia de la pareja. Víctor vio que los proyectiles detenían bruscamente su trayectoria y caían al suelo verticalmente, sin que se percibiese el menor sonido de impacto. Era una detención absolutamente incomprensible.

Los peludos vieron también lo ocurrido y parecieron sentirse desconcertados. Alguien dio una orden y quinientas ballestas dispararon de nuevo.

Las saetas se detuvieron de la misma forma que en la ocasión anterior. Víctor creyó que chocaban contra un invisible muro de cristal, de perfecta transparencia, pero no se percibía ningún sonido.

¿Cuál era el origen de aquel extraño fenómeno?

Por tercera vez, los peludos dispararon una nueva salva, pero su esfuerzo no tuvo más éxito que en la ocasión anterior. Víctor y Thayna se separaron ligeramente.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, atónita.

Antes de que el joven pudiera decir algo, se oyó una voz que parecía llegar de las profundidades:

—Venid.

Víctor y la muchacha se volvieron en el acto. Delantede ellos, en la base de la montaña, se había abierto una negra boca, de forma perfectamente circular, con el punto más bajo situado a un par de

palmos del suelo.

—Venid —insistió la voz.

Víctor tomó la mano de la joven y avanzó hacia la abertura. Detrás de ellos se oyó de pronto un coro de feroces alaridos.

Thayna se volvió. Los quinientos guerreros corrían hacia ellos enloquecidamente, frenéticos a causa del fracaso de sus salvas. Todos ellos empuñaban unas cortas espadas, con las cuales pensaban lograr lo que no les había sido permitido con las ballestas.

La voz misteriosa dijo:

—No temáis.

Los peludos continuaban su marcha acelerada. Algunos, más veloces que los otros, consiguieron situarse los primeros. De pronto, chocaron contra el muro invisible, rebotaron y cayeron de espaldas.

Una enorme confusión se produjo cuando la masa de atacantes fue detenida por aquel inexplicable obstáculo. Los peludos caían unos encima de otros y se amontonaban como reses espantadas por el ataque de una manada de lobos, pero ninguno de ellos consiguió adelantar un solo centímetro del punto en donde se hallaba situada la pared invisible.

—Víctor, ¿nos protege alguna deidad desconocida? —preguntó Thayna.

—No soy un dios —dijo la voz—, sino un amigo vuestro.. Entrad, os lo ruego.

Antes de cruzar el umbral de la abertura, Víctor se volvió para arrojar una mirada al exterior.

Los peludos, aterrados por un fenómeno que escapaba de modo absoluto a su limitada comprensión, huían a la desbandada. Algunos de ellos, sin embargo, aplastados y pisoteados en aquella loca estampida, quedaban sobre el suelo, que se enrojecía con su sangre.

—Ven, Thayna —dijo Víctor, seguro de que, quienquiera que fuese el misterioso ser que les había hablado, era un amigo, puesto que les había salvado la vida.

* * *

Apenas habían cruzado el umbral, la pared de roca recobró su continuidad. Hubo un instante de tinieblas y luego una luz suave, en modo alguno dañina para las retinas, iluminó el interior de la montaña.

Víctor apreció que se hallaban en el interior de una amplia caverna, en la que reinaba una agradable temperatura. El suelo era de finísima arena y las paredes, de roca, parecían una cosa viva que emitía una confortadora calidez. La luz se acentuaba ligeramente al fondo y ellos pudieron ver una especie de estrado, al que se llegaba por medio de una corta escalera de cinco o seis peldaños, tallados igualmente en el suelo rocoso.

Sobre el estrado, pero sentado en la dura roca, con las piernas cruzadas y ocultas bajo los amplios ropajes que vestía, se hallaba un hombre de edad avanzadísima.

«Matusalénica», pensó Víctor.

—Acercaos —dijo el anciano.

Con las manos unidas, la pareja avanzó lentamente hacia el estrado. Entonces, un enorme disco que parecía de vidrio translúcido, surgió a espaldas del hombre, como una gigantesca aureola, sostenida en el aire por sí misma, tal vez mediante alguna fuerza misteriosa, que Víctor se sentía incapaz de imaginar siquiera.

—Soy Syhunn —dijo el anciano—. Deseo ayudaros.

—Nos has salvado la vida y te damos las gracias —manifestó Víctor —. Ella, Thayna, es mi esposa. Yo me llamo…

—Conozco vuestros nombres —dijo Syhunn—. He sondeado vuestras mentes y he hallado en ellas la paz. Por eso os he ayudado.

Entonces, Víctor, en un segundo, comprendió todo lo sucedido.

—Tú has parado…

Syhunn sonrió débilmente.

—Sí. Os vi a través de la roca, con los ojos de mi cerebro, y supe en el acto quiénes erais. Por tanto, decidí salvaros, deteniendo las

flechas de esos bárbaros.

—Tienes una mente muy poderosa, pero eres un mortal... o, al menos, eso me parece —dijo Víctor.

—Es cierto, soy mortal, aunque, he conseguido desarrollar el poder de mi mente hasta limites increíbles.

—Y vives aquí...

—Desde hace muchísimos años. Un día me cansé de la vida en el exterior y me retiré a este lugar, a vivir en la meditación.

—Eso está muy bien, pero ¿qué has conseguido con ello? —preguntó Thayna.

—La paz —respondió Syhunn—. ¿Te parece poco?

—Es maravilloso —convino la muchacha—. Sin embargo...

Uña mano sarmentosa surgió de los flotantes ropajes que envolvían el cuerpo del anciano.

—Siéntate, mujer.

Thayna obedeció maquinalmente y se situó sobre el peldaño más elevado, casi a los pies de Syhunn. Víctor quedó erguido, frente al anciano.

—Sé quién eres y a qué has venido —dijo Syhunn—. Yo te ayudaré a conseguirlo..., pero habrás de aceptar una condición.

Víctor se pasó una mano por la frente.

—Déjame que recapacite —solicitó, sumamente turbado—. Dices que sabe» quién soy y que conoces los motivos de mi estancia en Zinoph. Pero ¿cómo lo has conseguido?

—¿No te he dicho que mi mente tiene un poder casi infinito?

—Sí, aunque a pesar de todo,..

—Tú buscas el maxenergyl.

—Es cierto. Me dijeron que debía venir aquí, para conseguir un bloque de ese mineral y salvar así a mi planeta. ¿Acaso el poder de tu mente llega hasta el mundo del cual procedo?

Syhunn sonreía.

—¿Qué barreras puede haber para la mente? —contestó—. Pero no discutamos esto por ahora. He hablado de imponerte una condición.

—Si puedo cumplirla… —dijo Víctor cautamente.

—Podrás —afirmó el anciano—. Simplemente, debes ir solo a buscar el bloque de maxenergyl que necesita la Tierra.

—¿Solo? —respingó Víctor—. ¿Por qué?

Thayna se puso en pie.

—No —exclamó—. Yo iré con él. Lo que sea de mi esposo, será de mí. En mi pueblo, cuando una mujer se casa con un hombre, no se separa de él jamás. Ni él tampoco la abandona nunca, pase lo que pase.

Víctor asió el brazo de la muchacha.

—Ya has oído, Syhunn —dijo—. Yo estoy de acuerdo con mi esposa.

—¿La prefieres a ella… antes que salvar a tu planeta?

El joven se puso rígido.

—¿Es que si no voy solo no podrá conseguir el maxenergyl?

—Por supuesto, pero correrás peligros infinitos…

—Escúchame, anciano —dijo Víctor con voz vibrante—. Posees un ooder enorme; incluso creo que podrías matarnos sólo con desearlo, sin tocarnos siquiera con las manos. Pero en lo que respecta a peligros infinitos, hemos corrido ya espantosas aventuras y de todas ellas nos hemos salvado. Mi nave, la que me trajo desde la Tierra, no puede estar muy lejos. Allí encontraré todo, lo necesario para culminar la misión que me encomendaron.

—Y yo iré con él —declaró Thayna resueltamente.

—Syhunn, nunca te agradeceremos bastante que nos hayas salvado la vida. Pero no intentes aprovecharte de ello para obligarnos a actuar de modo distinto a nuestras convicciones—agregó el joven con acento lleno de firmeza.

Syhunn sonrió ligeramente, mientras miraba a los dos jóvenes.

—Sois valientes, no cabe duda —dijo—. Y si habéis tomado una decisión, yo no puedo contrariarla, aunque ya quedáis advertidos dé los peligros que os esperan.

—¿Qué peligros? —preguntó Thayna.

—Debéis afrontarlos, cuando llegue el momento. Pero os ayudaré, porque así lo prometí.

Víctor frunció el ceño.

—¿A quién? —inquirió.

—Lo siento, no tengo autoridad para revelarlo.

El joven empezó a encontrar un tanto sospechosa la actitud de Syhunn. ¿De veras quería ayudarlos, como afirmaba?

¿O acaso intentaba apoderarse de ellos, con fines inconfesables?

—No pienses mal de mí —dijo Syhunn—. He dicho que voy a ayudaros y lo haré.

—Bien, habla —pidió el joven.

De pronto, Syhunn extendió ambas manos.

El disco de vidrio centelleó de forma prodigiosa. Víctor y la muchacha se sintieron deslumbrados.

Algo penetró en sus mentes y se durmieron en un instante.

* * *

Víctor despertó, dándose cuenta de que se hallaba tendido sobre algo que parecía una estora de muy suave fibra, situada sobre un entarimado que se alzaba un par de palmos del suelo. Thayna dormía apaciblemente junto a él, ya que el lecho poseía la suficiente amplitud para contenerles a ambos.

Incorporado sobre un codo, miró a su alrededor. No lejos de él se

oía el leve rumor de una fuente de agua. La habitación, espaciosa, se hallaba excavada en la roca viva.

Parte de una de las paredes era de aquel cristal translúcido, opalino, que permitía la luz del exterior, sin permitir la visión de lo que había al otro lado. La iluminación de la estancia, discreta, resultaba confortadora v relajante.

A su derecha vio una gran puerta de forma semicircular. Después de levantarse, avanzó hacia aquella puerta. Al otro lado, había una gran pileta, de forma ovalada, sobre la que caía el delgado chorro de agua cuyo sonido había percibido apenas despierto.

Víctor probó el agua y, aunque sintió cierto desagrado por hallarla tibia, pudo saciar la sed. Luego, de pronto, comprendió que la tibieza del líquido tenía un objeto.

En un santiamén se despojó de la única prenda que llevaba puesta y se zambulló en la pileta. El contacto con el agua tibia le tonificó notablemente y despertó su apetito. Se preguntó dónde y qué comerían.

La voz de Thayna sonó repentinamente en el dormitorio:

—¡Víctor!

—Aquí, nena —gritó él.

Thayna apareció en la puerta. Al ver a Víctor, en pie en el fondo de la pileta, sonrió. La profundidad del agua permitía que sólo los hombros del joven asomaran fuera.

—Estoy bañándome —dijo Víctor. —Ahora voy —
rió ella, feliz.

Instantes después, Thayna se zambullía, en el agua. Hizo algunos ejercicios de natación y luego posó los pies en el fondo. Abrazada al joven, le miró intensamente.

—¿Dónde estamos, querido? —preguntó. —No lo sé, aunque tampoco parece que vaya a sucedemos algo malo. —Nos dormimos...

—Yo diría que fue más bien Syhunn el que nos durmió, mediante sus poderes mentales. Pero de todos modos, creo que hemos descansado. Lo necesitábamos.

—Sí, es verdad. Víctor, ¿de dónde habrá salido ese hombre tan misterioso?

—Lo ignoro. No obstante, he pensado en él más de una vez, mientras me bañaba. Nunca lo había visto antes de ahora, aunque tengo la sensación de que no me resulta totalmente desconocido. —Para mí sí lo es.

—Bien, creo que éste es un asunto secundario, por el momento. Thayna, Syhunn sabe que yo vine a buscar el maxenergyl, ese misterioso mineral que ha de salvar a la Tierra...

—Entonces, tu obligación es buscarlo y llevarlo a tu planeta —dijo ella cálidamente.

—Lo sé, y pienso hacerlo. Pero ayer, cuando hablábamos con Syhunn, tú dijiste que no querías separarte

de mí.

—Lo dije y lo cumpliré, Víctor.

—Bien, pero ahora me encuentro ante un terrible problema. Thayna, yo debo llevar el maxenergyl a la Tierra, pero moriré antes de que pase un año.

Ella se sobresaltó al oír aquellas palabras.

—¡No puede ser, Víctor!

El joven movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Cuando acepté la misión, ya sabía lo que podía sucederme. Pero no quiero que a ti te pase nada —manifestó.

Colgada de su cuello, Thayna le dirigió una mirada ardorosa.

—Víctor, yo te di la mano y sabes bien lo que eso significa —declaró—. En mi pueblo, la mujer que da la mano a un hombre, se compromete a estar con él siempre, siempre, aun en las más difíciles circunstancias... y está en todo momento dispuesta a morir con su esposo, si es necesario. Por tanto, no te abandonaré, pase lo que pase. ¿Me has entendido?

Víctor acarició con una mano los chorreantes cabellos de la muchacha.

—Discutiremos eso más adelante —dijo—. Es muy probable que el maxenergyl sea un mineral altamente radiactivo. Por tanto, si encontramos el yacimiento, quizá podamos construir trajes blindados con los materiales que hay a bordo de mi nave. Además, he traído maquinaria… y quizá consiga hacerla funcionar a distancia.

—Eso eliminaría el peligro, ¿no?

—Al menos, lo reduciría bastante. Pero el viaje a la Tierra, con el maxenergyl a bordo de mi nave, durará un par de meses. Si no conseguimos aislarlo adecuadamente, pereceremos destruidos por sus radiaciones. Y no será una muerte agradable, créeme.

Thayna volvió a apretarse contra el joven.

—A tu lado, la muerte será más agradable que la vida —musitó.

Callaron un momento. Luego, de pronto, Víctor reaccionó.

—Hemos de salir —dijo—. Syhunn nos indicará la forma de dejar su refugio. Además, tengo hambre. ¿Y tú?

—Estoy desfallecida —rió la muchacha.

Había unas escaleras talladas en uno de los lados de la pileta. Salieron juntos, con las manos unidas. Víctor se inclinó, para recoger sus pantalones, pero entonces, desde aquel lugar, divisó ropas limpias sobre el lecho.

—¡Mira, Thayna!

Corrieron hacia el dormitorio. Víctor apreció que había dos monos de un tejido suave y esponjoso, con botas incorporadas, de suela blanda y fina. El color de la tela era amarillo claro, sin adornos de ninguna clase. Al ponerse su mono, Víctor apreció que el tejido era también elástico, de modo que una misma talla servía para todas las estaturas.

Thayna no sabía cómo vestirse, por lo que él tuvo que enseñarle. Al terminar, vieron en uno de los lados de la estancia una especie de mesa de roca, con sendos cuencos, llenos de un espeso potaje de color gris verdoso. Había también un par de cucharas, con una de las cuales Víctor probó aquel extraño mejunje.

—Está bien. Algo insípido, aunque presumo debe de ser muy nutritivo.

—En todo caso, no tenemos nada más que llevarnos a la boca —sonrió la muchacha.

Víctor tomó unas cuantas cucharadas más. De pronto, dejó de comer.

—¿Lo habrá traído Syhunn? —murmuró.

—Seguro. ¿Quién podría hacerlo, si no?

El apetito que sentían les hizo vaciar los cuencos. Al terminar, saciado el apetito por completo, Thayna le miró inquisitivamente.

—¿Y ahora?

—Podéis iros —resonó de pronto la voz de Syhunn—. Nunca pretendí reteneros aquí, ni os conviene, por otra parte. Pero recordad lo que hablamos ayer.

—No lo olvidaremos —contestó Víctor, sabiendo que, aunque no veía al anciano, éste podría oírle perfectamente.

—Gracias. Ahora es preciso que sepáis en qué consiste mi ayuda. Habéis podido daros cuenta de que, repentinamente, os quedasteis dormidos.

—Sí, es cierto. Creemos que lo hiciste tú...

—Efectivamente, pero no lo hice por capricho, sino porque, como había prometido, dije que os ayudaría.

Durante vuestro sueño, yo he traspasado a Víctor gran parte de mis poderes mentales.

—¿Cómo? —respingó el joven.

—Ya lo has oído. Ahora dispones de una potencia mental como jamás pudiste soñar. Pero úsala solamente para el bien v no dañes a nadie con tu mente, a menos que tu vida se halle en un peligro insalvable.

—No... No acabo de comprender...

—Lo comprenderás en el momento oportuno. Decirte más resultaría, acaso, pernicioso. Ya estás enterado de cuanto debes saber.

—Pero... yo no he pedido esos poderes... Quiero ser un hombre

normal —alegó el joven con gran vehemencia.

—Lo sé, y esos poderes no durarán siempre en ti, porque si lo quisieras, tendrías que encerrarte aquí, como lo hice yo muchísimos años antes. Con el tiempo, créeme, tu mente volverá a la normalidad.

—Respiro aliviado —confesó Víctor—. Pero ¿puedo saber cuál es el límite de esos poderes?

De repente, se oyó un estruendo cristalino, que sobresaltó a la pareja. El disco opalino acababa de desaparecer.

Al otro lado se veía la llanura, amplia, infinita, con una mancha de verdor en el horizonte, que señalaba la zona de bosques.

—No uses más las armas —dijo Syhunn—. Iros ya.

Víctor guardó silencio un instante. Luego se volvió hacia la muchacha y asió su mano.

—Adiós, Syhunn.

Pero el anciano no contestó.

A cien metros de distancia, Víctor volvió la cabeza.

Los farallones rocosos habían recobrado su aspecto primitivo. ¿Habían estado soñando?, se preguntó.

De pronto, Thayna tendió el brazo a lo lejos.

—Víctor, mira. ¡Centauros!

CAPITULO IX

Aquellos centauros iban armados con lanzas larguísimas, de casi cuatro metros de longitud, aunque muchos de ellos también llevaban arcos y flechas. Había unos trescientos y un pequeño grupo se destacó para acercarse a la pareja.

Víctor se dispuso a actuar con la mente. Pero ¿cómo lo haría?

Los centauros, por otra parte, no parecían albergar intenciones hostiles, aunque tampoco se veía simpatía en sus rostros. El que parecía su jefe plantó los cuatro cascos frente a los jóvenes y les miró con dureza.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Víctor y Shayna, esposos —respondió el joven—. ¿Y tú?

—Ato, jefe del pueblo de los centauros. Estamos buscando a dos de los nuestros, que desaparecieron hace algunos días.

Víctor parpadeó.

—¿Cómo se llamaban? —inquirió.

Ato pareció sorprenderse de la pregunta.

—Diríase que los conoces...

—Conocimos a dos centauros, llamados Du y Ro.

—¡Son ellos! ¿Dónde están?

—Han muerto.

El rostro de Ato se ensombreció.

—Lo presentíamos —dijo—. ¿Tú y tu esposa?

Víctor enseñó sus manos.

—¿Con estas armas? —sonrió.

—Entonces, fueron los peludos.

—Sí.

—Ellos, siempre ellos —dijo Ato furiosamente—. Estamos buscándolos para darles un escarmiento...

—Du y Ro pudieron haberse salvado, si hubieran conservado la serenidad. Huyeron de un refugio en que nos habíamos parapetado y los peludos los acribillaron a saetazos.

—Vamos a vengarlos. Somos pacíficos, pero no podemos permitir que una tribu de bárbaros extermine a nuestra gente, sin recibir el castigo merecido.

—Ato, ¿me permites un consejo? —solicitó Víctor.

Ato le miró casi despectivamente.

—Habla —invitó—. No garantizo que lo siga, pero...

—Los peludos son menos bárbaros de lo que parece indicar su aspecto. Tienen armas, cuyos proyectiles son disparados con grandísima potencia y llegan a enormes distancias.

—Lo sabemos. Pero nosotros no somos tontos precisamente. Les tenderemos una emboscada y así vengaremos la muerte de dos de los nuestros.

Víctor se encogió de hombros.

—No podemos impedirlo —contestó.

—Claro —sonrió el centauro—. Bien, ¿estáis dispuestos?

—¿A qué? —preguntó el joven, sorprendido. —Es preciso que vengáis con nosotros. —Pero nosotros no queremos la guerra... —No me repliques —dijo Ato—. Lo único que puedes hacer es obedecerme. O te atravesaré con mi lanza.

Víctor apretó los labios.

—Sólo iremos con vosotros en caso de que vayáis en la misma dirección, esto es, hacia el sur —contestó.

—Allí vamos, no temas.

—Y tendréis que llevarnos a lomos de dos de los vuestros. Nosotros no podemos caminar tanto tiempo a pie; no tenemos vuestra

resistencia.

—Jamás un centauro llevó...

—Du y Ro nos llevaron sobre ellos y no se sintieron menoscabados ni humillados por ello. Si fuese al revés, yo te transportaría con mucho gusto.

Ato vaciló un instante.

—Está bien —cedió al cabo. Lanzó un grito y doscentauros se adelantaron—. Cuando hayamos derrotado a los peludos, vendréis con nosotros.

—¿Adonde? —quiso saber Thayna, silenciosa hasta aquel momento.

—Está claro, necesitamos vuestro trabajo —respondió Ato fríamente.

Víctor apretó los labios. «Conque pueblo pacífico... y han salido en busca de pelea y de esclavos. Ya hablaremos del asunto más adelante», pensó, sin querer dar una respuesta comprometedora.

—Haremos lo que tú digas, jefe Ato —contestó con aparente mansedumbre.

* * *

La marcha duró un par de días durante los cuales, calculó Víctor, recorrieron cosa de unos doscientos kilómetros. Los centauros parecían infatigables y no se fiaban de ellos, ya que les ponían centinelas de vista durante la acampada nocturna.

Por el día, Ato enviaba exploradores con frecuencia a la vanguardia y los flancos de la columna. Al finalizar la segunda jornada, uno de los exploradores regreso con valiosos informes.

—Los peludos han acampado a una hora de marcha.

Un brillo especial apareció en los ojos de Ató.

—Ya era hora —dijo—. Mañana atacaremos... en el lugar

apropiado.

Víctor había escuchado la conversación y se creyó en el deber de intervenir.

—¿Por qué no atacas a la madrugada, cuando todos duermen? —sugirió.

Ato sonrió desdeñosamente.

—¿Quién eres tú para darme lecciones? —contestó con glacial acento—. Atacaremos a la hora y en el lugar que ya he decidido. Pero no te preocupes; tú y tu mujer estaréis en lugar seguro, sin temor a que os pueda suceder nada.

Un tanto despechado, Víctor regresó junto a Thayna y le contó lo que pasaba.

—Podríamos intentar la huida esta noche, con todo sigilo —sugirió ella.

Víctor señaló a los dos centauros que había a poca distancia, con las lanzas a punto.

—No duermen en absoluto durante su turno de guardia —dijo—. Lo he comprobado estas noches pasadas, créeme.

—Entonces, somos sus prisioneros... Víctor sonrió de un modo especial. —Sólo por el momento —contestó. Y aunque sabía que Thayna sentía una viva curiosidad, no quiso seguir hablando, para no infundir sospechas a los centinelas.

Antes de que amaneciera, Ato vino a verles, seguido de dos centauros, ambos armados con lanzas, arco y flechas.

—Iréis con ellos —dijo—. Os conducirán a un lugar desde donde podréis presenciar la batalla, sin el menor riesgo. Pero, al mismo tiempo, os vigilarán... y cumplirán mis órdenes en caso de que intentéis escapar.

Víctor calló. Ato hizo una señal y los centauros se les acercaron.

—Sube —dijo uno de ellos.

El joven obedeció. Thayna trepó a lomos del segundo híbrido de humano y bestia. Los centauros emprendieron el galope en el acto.

Era evidente que Ato les había instruido previamente. Media hora más tarde, los centauros se detuvieron en lo alto de una loma, desde la que se divisaba un extenso paisaje.

A medio kilómetro de distancia, se veía el campamento de los peludos, que empezaba a entrar en actividad, después del descanso nocturno. Hacia el norte, se veía la entrada a un angosto desfiladero, formado por dos enormes colinas de paredes rocosas.

Los bordes del desfiladero se hallaban a unos cincuenta o sesenta metros del fondo. Las paredes eran casi completamente verticales. En lo alto, había infinidad de rocas y pedruscos, caídos de la parte más elevada de la montaña. A partir del borde, la ladera se hacía más suave y en ella abundaban los árboles.

Los centauros estaban escondidos tras los árboles, aambos lados del desfiladero. Víctor supo así que Ato era mejor estratega de lo que había creído.

De súbito, un pelotón de centauros apareció en la entrada del desfiladero. Algún centinela enemigo los vio y avisó de su presencia a grandes gritos.

Los centauros volvieron grupas y escaparon a todo galope, perseguidos por una espesa nube de flechas. Víctor vio caer a algunos de ellos y se imaginó fácilmente que todos los componentes del grupo eran voluntarios. Habían ido a tender un cebo a sus adversarios, seguros de que algunos de ellos, si no todos, morirían acribillados.

El campamento de los peludos entró en actividad instantáneamente. Minutos más tarde, quinientos guerreros empezaron a trotar, siguiendo las huellas de los centauros.

—No son tan inteligentes como pensábamos —comentó en alta voz.

—Nuestro jefe Ato es muchísimo más listo —rió el centauro que le servía de montura.

Inexorablemente, los guerreros fueron acercándose a su destrucción. La angostura del desfiladero no les permitía marchar desplegados, por lo que tenían que hacerlo en una espesa columna. Al fin, los últimos peludos penetraron en la trampa.

Entonces, enormes pedruscos cayeron desde los dos bordes. Rocas de colosales dimensiones, junto con otras piedras menores, caían

desde lo alto, machacando cráneos y aplastando cuerpos humanos, a los que sus corazas no ofrecían la menor protección.

Los gritos resultaban horripilantes. Muchos peludos dispararon sus saetas a lo alto, pero los bordes del desfiladero protegían a los atacantes y los proyectiles volaban inofensivamente, para ir a perderse en la cumbre de la montaña e incluso al otro lado.

Las piedras se acabaron y entonces los centauros empezaron a arrojar lanzas y flechas sobre los desmoralizados peludos, muchos de los cuales, olvidando su belicosidad y la potencia de sus ballestas, huían a la desbandada, sin intentar siquiera el menor contraataque.

El combate se prolongó durante largo rato. Lenta y metódicamente, los centauros remataban desde lo altoa los supervivientes. De pronto, Víctor se dio cuenta de que el centauro al que montaba tenía la vista morbosamente fija en aquel sangriento espectáculo.

Tosió ligeramente.

Thayna volvió la cabeza. Víctor le hizo un ligero guiño. Ella contestó de la misma forma.

El centauro tenía la lanza apoyada en el suelo y las dos manos en torno al ástil de la misma. Su compañero observaba análoga postura.

Con gesto rápido, Víctor sacó una flecha de la aljaba y apoyó su punta en el cuello del centauro, a la vez que, con la mano izquierda, le asía por los cabellos.

—Suelta la lanza o te atravieso el cuello —dijo.

El centauro se quedó paralizado por el asombro. Thayna actuó de idéntica manera, antes de que su montura tuviese tiempo de reaccionar.

—Si queréis vivir, dejad caer las lanzas —insistió el joven.

Los centauros obedecieron. Víctor lanzó una mirada de reojo al desfiladero.

El combate, aunque con menor intensidad, no había concluido.

—Vamos, hacia la llanura —ordenó Víctor—. Thayna, si tu montura te desobedece, mátalo.

—Sí, descuida —contestó la muchacha.

Los centauros volvieron grupas. El que montaba Víctor intentó protestar en una ocasión, pero el joven le recordó cuál era su posición, presionando fuertemente con la punta de la flecha.

—Si protestas otra vez, te mataré —dijo rudamente—. ¡Vamos, al galope!

Los dos centauros se pusieron en marcha inmediatamente. Víctor asía los cabellos de la cabeza humana de su montura, dándole de cuando en cuando algunos tirones, a fin de recordarle que de vigilante había pasado a prisionero.

Durante largo rato, los centauros mantuvieron un frenético galope, azuzados despiadadamente por sus jinetes. Dos horas más tarde, Víctor observó señales de flaqueza en su montura.

—¡Sigue, sigue! —dijo, implacable.

Era una actitud cruel, pero necesaria, ya que debíanalejarse lo más posible de Ato y sus seguidores. Por otra parte, el someter a los centauros a un constante galope tenía también otro objetivo.

A las tres horas, el centauro de Víctor se paró. Ya no podía dar un paso más. Dobló las rodillas primero y luego las patas de atrás y terminó tendiéndose de costado en el suelo.

El otro centauro se derrumbó también. Víctor y Thayna saltaron a tiempo.

—Van a morir reventados —dijo la muchacha, al observar los convulsivos movimientos de los flancos de sus monturas.

—No lo creo. Están muertos de fatiga, eso es todo, y no sólo porque han galopado mucho rato sin descansar, sino porque, además, llevaban un peso extra sobre sus lomos, cosa a la que no están acostumbrados.

—Nos hemos alejado mucho de Ato y los demás.

—Sí, porque ahora tardarán en encontrarnos. Y estos dos, al hallarse agotados, no pueden retroceder a buscarlos. ¿Lo comprendes ahora?

Thayna sonrió.

—Una buena estrategia —alabó.

Víctor se apoderó de los arcos y las flechas. Los centauros, literalmente exhaustos, no se hallaban en condiciones de realizar el menor esfuerzo ofensivo.

—Vamos, Thayna.

Víctor inició la marcha a paso gimnástico. Al igual que la muchacha, se hallaba fresco y descansado, aparte de que ambos eran robustos y estaban en perfectas condiciones físicas.

Un poco más adelante, Víctor volvió la cabeza.

Rió jubiloso. Los centauros continuaban en la misma posición, tendidos de costado, sin ánimos siquiera para mover un solo dedo de una de sus manos de hombre.

CAPITULO X

Inesperadamente, después de cinco o seis días de marcha, siempre a la mínima distancia de la costa, Víctor creyó reconocer el paisaje.

Thayna le miró extrañada, al ver que se detenía.

—¿Sucede algo? —preguntó.

Víctor demoró la respuesta algunos segundos. Luego, tendió el brazo hacia adelante:

—Vamos a seguir un poco, acercándonos a la costa —decidió—. Pero es preciso que vayamos con cuidado a partir de ahora.

Habían llegado a lo alto de una colina, situada a unos dos kilómetros de la orilla. A lo lejos, se divisaba el arco de una bahía, con algunos acantilados y pequeños brazos de mar, entrantes en la tierra firme.

Emprendieron el descanso sin pérdida de tiempo, abandonando la zona boscosa. Luego alcanzaron la playa y caminaron sobre la arena. Dos horas más tarde, Víctor se detuvo de nuevo.

—Creo que es ahí —dijo, a la vez que señalaba un promontorio rocoso, que se adentraba en el mar poco menos de cien metros.

—¿Qué es lo que hay ahí? —se extrañó ella.

Víctor sonrió.

—Ese promontorio es uno de los dos salientes que formaban el pequeño puerto donde estaba anclada la galera de las amazonas —respondió—. Una vez que estemos a su altura, bastará seguir en línea recta, tierra adentro, para encontrar la nave.

Thayna lanzó una exclamación de alegría.

—¡Eso es maravilloso! Casi me parecerá un sueño... El brazo de Víctor rodeó su cintura. —¿Esto es un sueño? —preguntó. La cabeza de la muchacha se apoyó en su hombro. Víctor se inclinó un poco y la besó suavemente.

—No, no es un sueño —dijo ella, tras un largo suspiro.

Continuaron andando en dirección al promontorio, aunque por la parte de tierra. Para llegar a él, se vieron obligados a remontar un trozo de costa bastante empinado, cuya parte más alta se encontraba a unos ciento cincuenta metros de la playa. A partir de aquel lugar, empezaba de nuevo el bosque.

De pronto, cuando estaban a punto de terminar la ascensión, Víctor divisó algo que sobresalía del promontorio.

—Cuidado, Thayna; hay una nave en el refugio —exclamó.

Ella volvió la cabeza. Los remates de dos mástiles eran ahora claramente visibles.

—¿Ellas otra vez? —dijo, aprensiva. Víctor recordó a la hermosa Ura, despedazada por el monstruo. Pero en el ataque de la bestia tentacular también habían muerto otros inocentes, que no habían cometido otro delito que el de ser necesarios a la bárbara ley de las amazonas.

—Iremos con cuidado —dijo, a media voz. Inmediatamente, aprestó el arco capturado al centauro. La ballesta tomada a uno de los peludos se había quedado atrás, cuando Syhunn les hizo entrar en su refugio. A la salida, no habían visto aquellas armas.

Momentos más tarde, tendidos de bruces, contemplaban la galera, desde la parte más alta del promontorio. Víctor se quedó pasmado de asombro al ver que era una nave mucho mayor que la destruida por el monstruo. Los mástiles eran cuatro, de los que dos, a proa y popa, eran más bajos que los centrales; por dicha razón, no los había visto antes. En cada banda había al menos cien remos, en lugar de cincuenta, como había visto en la otra galera.

La mayor parte de los bancos de los remeros estaban ocupados por prisioneros de ambos sexos, vigilados porun nutrido grupo de amazonas. Pero el número de las mujeres guerreras era muy inferior al que, lógicamente, cabía esperar en una nave de semejante envergadura.

En el centro, humeaban los hornillos donde se haría la comida. Víctor se preguntó dónde podría hallarse el grueso de las amazonas.

—Habrán ido en busca de más cautivos —dijo Thayna, como si hubiese adivinado sus pensamientos.

Víctor se tironeó del labio inferior.

—Hay casi doscientos prisioneros —murmuró—. Me gustaría ayudarles a escapar.

—También a mí, pero ¿cómo lo haremos?

—De momento, vamos a retirarnos; creo que tengo la solución, pero es preciso que nos alejemos de aquí. No hagas ruido, Thayna.

Sigilosamente, dieron media vuelta y se adentraron en el bosque, en donde tenían mayores facilidades para esconderse, caso de que hubiese amazonas en las inmediaciones. Cuando estuvieron en lugar seguro, Víctor explicó su plan a la muchacha.

—Me parece muy bien, pero ¿de dónde sacaremos la grasa?

—Tenemos que capturar un par de cerdos y además...

Durante los dos días que siguieron, Víctor y Thayna se entregaron frenéticamente a la tarea de preparar el ataque a la galera. Víctor confiaba en que los prisioneros se rebelarían cuando viesen una oportunidad de escapar.

Al finalizar su labor, Víctor tenía una veintena de flechas incendiarias. Cerca de la punta de cada flecha había un manojo de hierba seca, atada convenientemente y empapada en la grasa fundida de un cerdo salvaje. Durante la noche, sin hacer el menor ruido, llevaron gran cantidad de leña seca al promontorio.

Thayna, por su parte, había buscado un trozo de roca, en forma de cuenco, en el que llevaba un puñado de brasas. Cerca del amanecer, se situaron en el promontorio, casi encima de la galera, de la que distaban veinte metros en vertical y doce o catorce en horizontal.

—Las centinelas verán las llamas de la hoguera —objetó Thayna, cuando se disponían a iniciar la acción.

—Será tarde ya —contestó él resueltamente.

Thayna sopló las primeras ramitas. A los pocos segundos, se hizo un vivo resplandor en lo alto del promontorio.

Víctor miraba constantemente hacia abajo. Un par de amazonas vigilaban aburridamente a los prisioneros, que dormían en sus bancos. Ninguna de las centinelas se había percatado aún de lo que sucedía.

Cuando las llamas hubieron prendido en la leña, Víctor arrimó la

primera flecha. La paja empapada en grasa ardió casi instantáneamente.

Abajo sonó un grito de alarma. En el mismo momento, una raya de fuego surcó la oscuridad.

Se oyeron más voces. La flecha cayó sobre la cubierta. Una amazona corrió a aplastarla con sus pies, pero, un segundo después, otra flecha surcó la noche y fue a hincarse en una de las velas replegadas en su verga.

—¡Nos atacan! ¡Arriba, en el promontorio!

Thayna se había unido a Víctor y disparaba también sus flechas incendiarias. El fuego empezó a propagarse por todas partes.

La vela mayor proel ardía por completo en su verga. Algunas amazonas intentaron trepar por la escala para apagar el fuego, pero era ya imposible.

Había numerosos incendios en distintos puntos de la embarcación. De repente, Víctor lanzó un poderoso grito:

—¡Vosotros, los prisioneros, aprovechad la ocasión! Sublevaos para ser libres. Atacad a las amazonas; es la mejor forma de conseguir la libertad.

Un enorme clamoreo se alzó inmediatamente en la nave. Las amazonas, furiosas y sorprendidas, se dispusieron a dominar la rebelión, pero el fuego por una parte y sus prisioneros por otra, eran factores que se conjugaron decisivamente en su derrota.

Algunas de las amazonas fueron arrojadas despiadadamente al agua. Varios de los cautivos fueron muertos, pero, al fin, el número se impuso y las pocas amazonas que consiguieron sobrevivir, se vieron obligadas a emprender una vergonzosa huida.

Los prisioneros escaparon en todas direcciones, mientras el fuego se extendía por toda la nave. Media hora más tarde, la galera era un inmenso brulote, cuyas llamas alcanzaban enorme altura.

Víctor se sentía enormemente satisfecho de la operación.

—Me gustaría que esto acabase con la costumbre de buscar prisioneros —dijo.

—Es una costumbre de siglos. No será fácil desarraigarla —contestó Thayna, menos optimista.

—Sí, eso veo, pero, al menos, les hemos dado una buena lección.

Los prisioneros se habían dispersado en todas direcciones. Víctor no esperaba que ninguno de ellos les buscase para expresarles su agradecimiento.

—Vámonos —dijo, cuando vio que ya no había fuerza humana capaz de detener el fuego que consumía la galera por completo.

Amanecía ya. Una enorme nube de humo negruzco se elevaba a las alturas. Víctor y Thayna se adentraron en el bosque, siguiendo la dirección adecuada para alcanzar la nave.

De pronto, cuando habían recorrido un par de cientos de metros, oyeron a poca distancia rumor de golpes y voces sofocadas que expresaban dolor.

—¡Vamos, quieta, pequeña fiera! ¡Ya es hora de que empieces a darte cuenta de quién es el que manda aquí! —dijo alguien, entre furioso y burlón.

* * *

Con gran cuidado, Víctor apartó unos matorrales. Al otro lado, en un pequeño claro, vio a un hombre que tenía asida a una amazona por los cabellos con una mano. En la otra empuñaba una rama de árbol, con la que, de cuando en cuando, daba pequeños golpes en los desnudos costados de la mujer.

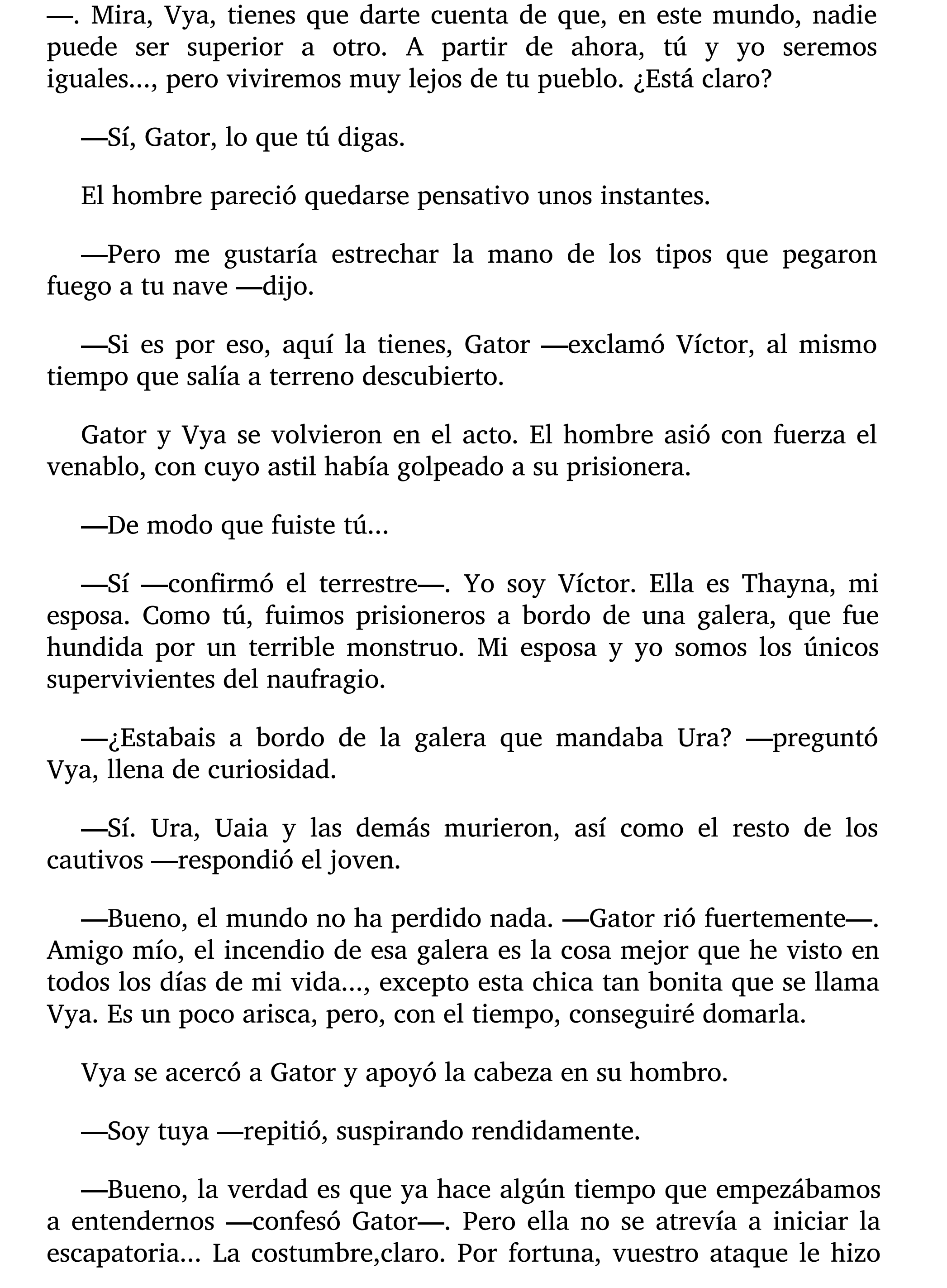
—¿Quieres estarte quieta? —gritó el hombre, impaciente.

—Déjame, déjame... Soy superior a ti...

El hombre rió despectivamente. De pronto, movió el pie derecho y lanzó a la amazona rodando sobre la hierba.

—Basta, por favor —suplicó ella.

—Así me gusta. Anda, ponte en pie.



La amazona obedeció, frotándose el costado dolorido.

—Seré tuya —dijo.

—Ya era hora de que lo comprendieras —volvió a reír el hombre —. Mira, Vya, tienes que darte cuenta de que, en este mundo, nadie puede ser superior a otro. A partir de ahora, tú y yo seremos iguales..., pero viviremos muy lejos de tu pueblo. ¿Está claro?

—Sí, Gator, lo que tú digas.

El hombre pareció quedarse pensativo unos instantes.

—Pero me gustaría estrechar la mano de los tipos que pegaron fuego a tu nave —dijo.

—Si es por eso, aquí la tienes, Gator —exclamó Víctor, al mismo tiempo que salía a terreno descubierto.

Gator y Vya se volvieron en el acto. El hombre asió con fuerza el venablo, con cuyo astil había golpeado a su prisionera.

—De modo que fuiste tú...

—Sí —confirmó el terrestre—. Yo soy Víctor. Ella es Thayna, mi esposa. Como tú, fuimos prisioneros a bordo de una galera, que fue hundida por un terrible monstruo. Mi esposa y yo somos los únicos supervivientes del naufragio.

—¿Estabais a bordo de la galera que mandaba Ura? —preguntó Vya, llena de curiosidad.

—Sí. Ura, Uaia y las demás murieron, así como el resto de los cautivos —respondió el joven.

—Bueno, el mundo no ha perdido nada. —Gator rió fuertemente—. Amigo mío, el incendio de esa galera es la cosa mejor que he visto en todos los días de mi vida..., excepto esta chica tan bonita que se llama Vya. Es un poco arisca, pero, con el tiempo, conseguiré domarla.

Vya se acercó a Gator y apoyó la cabeza en su hombro.

—Soy tuya —repitió, suspirando rendidamente.

—Bueno, la verdad es que ya hace algún tiempo que empezábamos a entendernos —confesó Gator—. Pero ella no se atrevía a iniciar la escapatoria... La costumbre,claro. Por fortuna, vuestro ataque le hizo

comprender dónde estaba su porvenir.

—A mí me parece que tú se lo hacías comprender a palos —sonrió Víctor.

—Aún se sentía demasiado superior a mí. Yo sólo quería que entendiese de una vez que nadie es superior a otro. Bien, nos vamos...

—Gator, aguarda un momento; quiero preguntarle algo a Vya —pidió el terrestre.

La amazona volvió los ojos hacia Víctor.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Había más amazonas en la nave, por supuesto, mucho antes de que nosotros la incendiásemos. ¿Dónde están ahora?

—Fueron hacia el sur —respondió Vya—. Unas exploradoras dijeron que habían encontrado una construcción de metal, muy extraña. Uneia, nuestra primera, decidió investigar y se llevó al grueso de la expedición.

Víctor frunció el ceño.

—¿Cuántas amazonas lleva Uneia consigo? —inquirió.

—Casi cuatrocientas. Ayer vinieron dos exploradoras y dijeron que ya habían rodeado el edificio de metal y que intentaban encontrar una abertura, para penetrar en su interior.

Víctor sintió una viva alarma al oír aquellas palabras.

—¿A qué distancia está ese edificio de metal? —preguntó.

—Dos jornadas, a pie...

—Gracias. Gator, te deseo que seas muy feliz con Vya. Vámonos, Thayna.

Víctor y la muchacha se lanzaron hacia adelante a todo correr. . —¿Temes algo? —preguntó ella a los pocos momentos.

—No es fácil entrar en mi nave, sin conocer la forma en que se abre la escotilla, pero, pese a todo, no podemos excluir esa posibilidad. Tengo miedo de que causen destrozos irreparables, si consiguen entrar.

—Eso significa que no podrías volver a la Tierra.

—No quiero ni pensarlo —se estremeció él.

—Tendrías que quedarte aquí...

—¡Qué remedio! A tu lado, ciertamente, no me importaría..., pero la existencia en Zinoph es muy insegura. Nunca viviríamos completamente en paz; en cualquier momento podríamos ser atacados por las amazonas o los peludos o los centauros... Algún día sabrán vivir en paz, pero ese día está todavía muy lejos y, francamente, yo no tengo espíritu de pacificador. Será una actitud egoísta, si tú quieres, pero no puedo decir lo contrario de lo que siento. Aparte de que en mi planeta me necesitan mucho más. Tú ya me comprendes, ¿verdad?

—Sí —sonrió ella—. Has hablado con toda sinceridad, y eso me agrada enormemente. También yo he llegado a detestar este mundo, donde no se habla más que de muerte y de desprecio a los otros seres humanos.

—Pero, al menos, has encontrado el amor, me parece.

Thayna le tendió una mano.

—De eso, puedes estar seguro —respondió.

CAPITULO XI

La astronave se alzaba, refulgente, en el centro de la llanura donde había tomado tierra muchas semanas antes. En torno a su colosal estructura, se había instalado el campamento de las amazonas.

Situados en un observatorio seguro, Víctor y Thayna contemplaron el movimiento de las mujeres, olvidadas de su misión principal, la captura de varones destinados a la procreación, y entregadas a un extraño trabajo, cuyo objeto le costó comprender algunos minutos.

De pronto, veinte o treinta mujeres, aunando sus esfuerzos, elevaron una extraña estructura, hecha a base de troncos y ramas de árbol, entrelazados y unidos con cuerdas hechas de fibra vegetal. Víctor se dio cuenta entonces de que era parte de un castillete, destinado a llegar, al final de su construcción, a la parte más alta de la nave.

Decenas de amazonas cortaban incesantemente troncos y ramas, dándoles formas y longitudes determinadas de antemano. Entonces, Víctor divisó, a ciento cincuenta metros sobre el suelo, una escotilla abierta.

—Vaya, me dejé la puerta abierta —comentó, con amargo humorismo.

—Pero ¿cómo pudiste bajar desde tanta altura? —se extrañó Thayna.

—Hay una escalera, ahora invisible... Se puede hacer salir del costado de la nave, mediante un botón, que ellas no han sabido encontrar. Lo que sucede es que yo fui apresado a los pocos momentos de haber puesto el pie en el suelo.

—De todos modos, aún tardarán algunos días en tener acabado el castillete.

—No lo terminarán —aseguró él firmemente.

—¿Cuál es tu plan, Víctor?

—Esperar a la noche. Entonces, quemaremos la parte que han construido..., pero desde arriba.



—¿Cómo?

—A la madrugada estarán dormidas. Tú y yo subiremos a la nave y...

De pronto, Víctor se calló.

Acababa de sentir en la piel del cuello el contacto de una aguda punta de hierro. Casi en el mismo instante, Thayna lanzó un gemido.

—¡Arriba! —sonó una voz de mujer, de tonos imperativos.

Víctor cambió una mirada con la muchacha. Thayna se había puesto muy pálida.

—No te resistas —aconsejó.

—Es lo mejor —rió la amazona que tenían a sus espaldas.

Víctor se incorporó. Entonces, cinco o seis amazonas les rodearon, apuntándoles con sus lanzas.

—Son espías —dijo una de ellas.

—Deberíamos matarles...

—¡Alto! Lo que haya de ser de esta pareja, lo decidirá Uneia, nuestra primera —exclamó la que mandaba la patrulla—. Vosotros —se dirigió a los prisioneros—, caminad.

Víctor agarró la mano de Thayna. Así, rodeados por sus captoras, aparecieron en el campamento de aquellas belicosas mujeres.

* * *

Uneia era una mujer alta, tremendamente robusta, de amplio pecho v sólidas caderas. Víctor pensó, al verla, que Ura había sido mucho más atractiva, aunque tampoco se podía afirmar que Uneia fuese un monstruo de fealdad.

—De modo que espiando nuestro campamento —dijoUneia, una vez hubo sido informada por la jefe de la patrulla.

—¿Te interesa esa nave? —preguntó Víctor.

—¿Esa casa de metal... es una nave?

—Sí. Y vuela por el espacio. Además, es mía.

Uneia se echó a reír.

—Tú no tienes derecho a nada, ni siquiera a la vida, si yo lo dispongo —manifestó.

Víctor se encogió de hombros.

—Soy tu prisionero —dijo.

—Eres un hombre fuerte y robusto. Tus hijos lo serán también.

—Ya tengo esposa.

—Un prisionero de nuestro pueblo no tiene más esposa que la que se le asigna durante el tiempo acordado por las leyes. Ella tendrá hijos también, pero de otro hombre.

Thayna quiso protestar, pero Víctor hizo un ligero ademán, obligándola a callar.

—A juzgar por lo que he oído, vas a llevarnos a vuestro pueblo...

—Sí —confirmó Uneia orgullosamente.

—¿Puedo saber cómo?

—Tengo una nave en la costa...

—No tienes nada. Yo la quemé.

Sobrevino un momento de silencio. Uneia contemplaba al joven con ojos incrédulos.

—¡Estás mintiendo! —gritó de pronto.

Víctor se encogió de hombros.

—Envía a unas exploradoras a la costa —respondió—. ¿Es que no han llegado todavía las supervivientes del ataque? Los prisioneros se sublevaron y mataron a muchas guardianas. Si quieres volver a tu país, tendrás que construirte una nueva galera.

Los labios de Uneia se contrajeron bruscamente.

En torno a los prisioneros sonaron algunos gritos de furor. Uneia alzó una mano para imponer silencio.

—Es probable que hayáis llegado antes que las supervivientes —dijo—. Esperaremos hasta mañana. Si la noticia que me has dado se confirma, tú y tu esposa moriréis.

—Con ello no solucionarás tu problema —dijo Víctor fríamente.

—Ya lo sé, pero os castigaré…

—¡Castigar! ¿Acaso tenéis derecho sobre los demás? ¿Qué ley, si no es la de la fuerza, os permite capturar a prisioneros, sólo para satisfacer vuestro orgullo? —protestó Thayna con gran vehemencia.

—Tú lo has dicho bien: la ley de la fuerza —contestó Uneia sin pestañear—. ¡Atadlos! ¡Que sigan los trabajos!

Varias amazonas se precipitaron sobre la pareja. Minutos más tarde, Víctor y Thayna yacían sobre la hierba, atados de pies y manos.

Las hachas y las sierras volvieron a funcionar. Víctor supuso que aquellas herramientas procedían del equipo de reparaciones de la galera. Resultaba evidente el interés de Uneia y sus seguidoras por entrar en la nave.

Una amazona, armada con su lanza, quedó como centinela de los prisioneros, a unos pasos de distancia. Con lágrimas en los ojos, Thayna se volvió hacia el joven.

—Víctor…

—Dime, querida.

—Syhunn tenía razón. ¿Lo recuerdas?

—Recuerdo perfectamente todo lo que nos dijo. Y, precisamente por eso mismo, voy a ver si es cierto lo que mencionó acerca del traspaso de sus poderes mentales.

Thayna le miró con curiosidad. De pronto, vio que Víctor se sentaba en el suelo y fijaba la mirada en el grupo de amazonas que se afanaban al pie de la astronave.

En aquel instante, veinticinco robustas jóvenes trataban de poner

en pie un sector del castillete. La estructura, un enrejado de troncos y ramas rectos, iba elevándose poco a poco.

De pronto, el movimiento de las mujeres se paralizó.

—¡Vamos, más fuerza! —gritó Uneia, que presenciaba el trabajo a corta distancia.

Las amazonas empujaron de nuevo La estructura permaneció en el mismo sitio, inclinada en un ángulo decuarenta y cinco grados, sin ascender un solo centímetro más.

—¡Uneia! ¡No podemos! —gritó una de las amazonas, con el rostro congestionado por el esfuerzo.

—¡Vosotras, ayudad a ésas! ¡Vamos, rápido!

Más mujeres se unieron a las anteriores. Pero el conjunto de troncos y ramas permanecía absolutamente inmóvil.

Uneia, echando espumarajos de rabia por la boca, se acercó al grupo, dispuesta a añadir también su esfuerzo particular. De repente, lanzó un grito agudísimo.

Thayna, estupefacta, vio que Uneia se despegaba del suelo y ascendía por los aires, hasta situarse a la altura del borde superior del entramado. Luego, estiró las manos y agarró un trozo de cuerda sobrante, del que tiró, para elevar a lo alto el conjunto de troncos y ramas, en medio de la estupefacción de las amazonas.

Uneia, aterrada, chillaba frenéticamente, sin que pudiera hacer nada por evitar lo que sucedía. De pronto, se la vio tomar impulso y lanzar la estructura a enorme distancia.

Todavía, sin embargo, estaba a cincuenta o sesenta metros del suelo, flotando en las alturas, a la vez que braceaba y perneaba ridículamente. Poco a poco, descendió, pero cuando estaba a tres metros de altura, cayó bruscamente.

En aquel instante, un viento poderoso sacudió el resto del castillete. Troncos y ramas giraron vertiginosamente, con enorme estruendo, para elevarse luego a las alturas y esparcirse en todas direcciones. Unos segundos después, ya no quedaba el menor rastro de los trabajos realizados.

Las amazonas se sentían aterradas, incapaces de comprender aquel

extraño fenómeno. Thayna no se encontraba menos atónita.

De pronto, notó que unas manos invisibles soltaban sus ligaduras. A su lado, Víctor se puso en pie, con los pies y las manos libres.

La centinela atacó, lanza en ristre. La lanza se curvó, sin salir de su mano, de modo que la punta apuntaba ahora hacia su pecho.

Se oyó un grito de terror. La amazona, espantada, huyó, olvidándose por completo de sus prisioneros.

—No temas, Thayna —murmuró Víctor.

Uneia se había recobrado en parte y avanzó hacia ellos.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, todavía muy pálida.

—Nada. Simplemente, no quiero que entres en mi nave.

Ella le miró furiosamente.

—Eres un mago. Voy a hacer que te maten —exclamó.

—¿De veras?

Súbitamente, Víctor extendió su mano. Empujada por una fuerza irresistible, Uneia se elevó unos cuantos palmos del suelo.

Las amazonas prorrumpieron en gritos de espanto. Víctor movió la mano de nuevo y Uneia se elevó todavía más.

—Puedo arrojarte a gran distancia, de modo que mueras al chocar contra el suelo —dijo Víctor—. ¿Es que no te has dado cuenta de que tengo poderes infinitos?

—Bájame, bájame... —suplicó Uneia, aterrorizada.

Algunas amazonas, reaccionando, corrieron hacia allí, con las lanzas a punto. Víctor las vio y extendió la otra mano. Todas ellas cayeron de espaldas al suelo, mientras las lanzas, flotando en el aire, se volvían hacia sus pechos.

—Por favor... —rogó Uneia, presa de un pánico indescriptible.

Víctor decidió darle una nueva lección. En medio de la aterrada expectación de las amazonas, hizo que Uneia subiera a enorme altura, tanto, que casi resultaba invisible. Luego la dejó caer.

—¡Víctor, no! —gritó Thayna.

—No pases cuidado —sonrió él.

Uneia descendía con la velocidad de un proyectil. Su alarido de terror se acercó rapidísimamente.

En el último segundo, algo detuvo su caída, a un metro del suelo. Luego, Víctor permitió que Uneia se posara sobre la hierba, sin daño alguno.

La amazona quedó en el suelo, encogida sobre símisma, sollozando angustiosamente. Ninguna de sus seguidoras, tan espantadas como ella misma, se atrevía a intervenir.

—Levántate —ordenó Víctor.

Uneia obedeció torpemente.

—Ahora debéis marcharos —añadió el joven—. Recoged vuestros equipos y abandonad esta región para siempre.

Uneia se limpió las lágrimas con una mano.

—No tenemos embarcación...

—Podéis viajar a píe. Algún día, llegaréis a vuestro pueblo. Espero que esto os haya servido de lección, para emprender más expediciones en busca de varones para vuestros vientres. ¡Vamos, fuera!

Treinta minutos después, Víctor y Thayna quedaban solos.

—¿Crees que obedecerán tus órdenes? —preguntó ella.

—Eso espero. La lección recibida es demasiado fuerte para que puedan olvidarla.

—Sin embargo, la costumbre...

—Creo que cambiarán. De todos modos, yo he de hacer ahora algo muy importante.

Víctor fijó la vista en Ja astronave. Lentamente, se acercó a una de las patas sustentadoras y paseó la mano por la pulida superficie, hasta encontrar un botón que resultaba invisible a quien no conociera su emplazamiento.

Instantes después, los peldaños de la escalera de acceso se despegaban del costado de la nave. Víctor se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—¿Vienes? —invitó.

Thayna avanzó confiadamente, sin sentir el menor temor.

CAPITULO XII

Desde las lucernas superiores de la nave, Víctor y la joven contemplaron la montaña en donde se hallaba el yacimiento de maxenergyl, localizado al fin, después de varias jornadas de exploración, por medio de los detectores. Tras estudiar un poco el terreno, Víctor se decidió a actuar.

Lo primero que hizo fue desembarcar una poderosa excavadora, que funcionaba por control remoto. La máquina empezó a quitar tierra de la ladera.

Una semana después, quedó al descubierto un colosal bloque de maxenergyl, un mineral blanco, brillante, con irisaciones en su superficie irregular. Parecía un diamante gigantesco, algo enturbiada su estructura interna por ciertas impurezas moleculares. El aspecto que ofrecía el mineral, sin embargo, era de gran belleza.

Las radiaciones que despedía el maxenergyl eran intensísimas, según observó Víctor por los detectores. El porvenir que se les presentaba era harto sombrío. ¿Debía haber permitido que Thayna estuviera a su lado?

Pero ella había insistido firmemente en no abandonarle jamás, cualquiera que fuese su suerte. Mientras trabajaba activamente, Víctor pensó que el profesor Hyssun había tenido toda la razón: en un año iba a vivir intensamente toda una existencia.

Por medio de telémetros especiales midió las dimensiones del bloque que debía transportar a través del espacio. Luego desembarcó las máquinas construidas especialmente, todas ellas movidas por control remoto.

Víctor pensó que el profesor debía de haber traba-

jado durante años en aquel plan salvador de la Tierra. La construcción de máquinas especiales denotaba una inteligencia privilegiada. Todas ellas funcionaban sin el menor fallo, obedeciendo sus mecanismos con toda exactitud al menor movimiento de los controles instalados en la sala de mandos.

Poderosas sierras, de enorme dureza, cortaron un bloque que medía unos diez metros de largo, por tres de diámetro. Luco, otras máquinas

empezaron a tornear el bloque, con objeto de darle una forma perfectamente cilíndrica.

Víctor observaba los instrumentos constantemente. Según las instrucciones, que consultaba con frecuencia, el bloque debía tener cuarenta metros cúbicos. El profesor había ideado unas computadoras especiales, que impedirían todo error.

Al cabo de un par de semanas de trabajo incesante, Víctor, al consultar los indicadores, halló que había sido conseguida la primera parte del objetivo.

—Ahora sólo falta emprender el viaje —dijo.

Thayna le miró sonriente.

—Estarás contento —dijo.

Víctor no sonreía.

—Jamás me arrepentiré de haberte amado…, pero viviremos ya muy poco —contestó.

—No me importa. —Ella le abrazó apasionadamente—. ¿Crees que no es preferible unos pocos meses de vida a tu lado, que treinta o cuarenta años esclava en el país de las amazonas, después de haber sido madre de unos hijos a los que apenas habría conocido?

El joven calló, mientras apretaba a Thayna contra su pecho. Estuvo así unos momentos y luego se separó de ella.

—Vamos, es preciso preparar todo para la partida.

Las máquinas quedaron abandonadas en el terreno. Víctor hizo que la nave se elevase muy despacio. Los generadores antigravedad permitían moverla centímetro a centímetro, sin la menor dificultad.

Por medio de cámaras de televisión, situadas en el exterior, vigiló las operaciones. Potentes garfios, unidos a cables de gran resistencia, asieron el resplandecientecilindro de maxenergyl. Víctor dudó de que la nave pudiera alzar aquella masa que, no obstante su aparente pequeñez, pesaba casi once mil toneladas, debido a su enorme densidad.

Pero Hyssun no había errado en sus cálculos. Palmo a palmo, el bloque cilíndrico se elevó en el aire. La nave adquirió velocidad

gradualmente, hasta salir al espacio como un proyectil, que llevase a remolque una especie de pequeño sol.

* * *

Dos meses después, los instrumentos señalaron la proximidad de la Tierra.

—Estamos llegando —anunció Víctor, satisfecho.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

Víctor le enseñó una de las pantallas, que captaba el resplandeciente globo terráqueo, con gran nitidez.

—Mira, ahí viviremos... sólo unos pocos meses —contestó.

Thayna se acarició el collar de piedras blancas que le había sido puesto muchos meses antes en torno al cuello. Víctor también seguía llevando el suyo. Ninguno de los dos había hecho el menor esfuerzo por quitárselo. Se habían acostumbrado a ellos y no sentían la menor molestia.

—Víctor, no sé por qué, pero presiento que vamos a vivir mucho más de lo que tú piensas —dijo.

Thayna no pudo contestar. Una luz centelleó en el cuadro de mandos.

Víctor se precipitó hacia la consola y tocó una tecla.

—Aquí, astronave *Salvación* —dijo alguien a través de la radio—. Soy el capitán Barnes, comandante de la patrullera *Nancy R.* ¿Puedo pasar a bordo?

—¿Por qué? No llevamos nada de particular,..

—Deseo hablar con usted.

Víctor intuyó algo en el tono del capitán Barnes.

—Está bien —dijo—. Supongo que su deseo está relacionado con el bloque que llevamos a remolque.

—Sí, más o menos. Usted es Víctor Shann, si no me equivoco.

—El mismo, capitán.

—Encantado. Ahora mismo nos veremos.

Un cuarto de hora más tarde, el capitán Barnes se quitaba el casco de su escafandra. Su asombro fue enorme al ver a una hermosa muchacha en la nave.

—Tenía entendido que usted partió solo hacia Zinoph —dijo.

—Bien, nos conocimos allí… y ahora somos marido y mujer —sonrió el joven.

—Le felicito, señor Shann —dijo Barnes gravemente—. ¿Puedo conocer la naturaleza del bloque de mineral que lleva a remolque? Parece vidrio…, pero mis detectores han captado una gran radiactividad…

—Es cierto. El maxenergyl es altamente radiactivo. Yo lo he traído para colocarlo en órbita alrededor de la Tierra…

Víctor habló durante algunos minutos. Al terminar, Barnes parecía un tanto perplejo.

—Nunca había oído nada semejante —confesó.

—Pues es rigurosamente cierto, capitán.

Barnes hizo un gesto de duda.

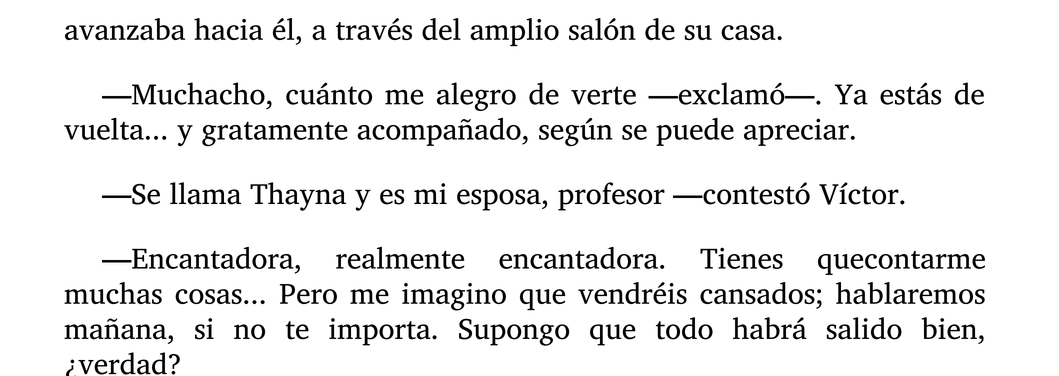
—Señor Shann —dijo—, creo que ahora me toca hablar a mí. ¿Quiere escucharme, por favor?

—Con mucho gusto, capitán. Pero me parece que hablaríamos mejor delante de una taza de café.

—Yo iré a prepararlo —se ofreció Thayna.

* * *

Los ojos del profesor Hyssun se iluminaron alver a la pareja que



avanzaba hacia él, a través del amplio salón de su casa.

—Muchacho, cuánto me alegro de verte —exclamó—. Ya estás de vuelta… y gratamente acompañado, según se puede apreciar.

—Se llama Thayna y es mi esposa, profesor —contestó Víctor.

—Encantadora, realmente encantadora. Tienes quecontarme muchas cosas… Pero me imagino que vendréis cansados; hablaremos mañana, si no te importa. Supongo que todo habrá salido bien, ¿verdad?

—Sí, al fin conseguí traer el bloque de maxenergyl.

—¿Está en la órbita que te señalé?

—No. El bloque de maxenergyl ha sido situado en una órbita que lo conducirá al Sol, en donde arderá como un simple fósforo, dentro de un par de meses.

Los ojos de Hyssun se endurecieron repentinamente.

—¡Víctor! ¿Cómo has podido hacer tal cosa? —exclamó, colérico.

—Profesor, creo que debe saber que llegamos hará cosa de un par de semanas, aunque no aterrizamos inmediatamente. A propósito, ¿tiene a mano un detector?

—Sí, claro…

—Tráigalo, por favor.

Hyssun se ausentó. Víctor miró a la muchacha y le guiñó un ojo.

El profesor regresó a los pocos momentos. Puso en funcionamiento el detector, pero la aguja permaneció inmóvil.

—¡No hay signos de radiactividad! —exclamó, atónito.

—Thayna y yo estamos perfectamente sanos. ¿Ve estos collares? Allí, en Zinoph, hay una raza que los usa constantemente. No conocen las causas de un modo científico, pero al cabo de incontables siglos han llegado a saber que el mineral de que están hechos los collares anula por completo las emisiones radiactivas del maxenergyl.

»Es el pueblo de las amazonas y desde que tuvieron varios fracasos en sus uniones con otros habitantes de Zinoph, que no usan el collar

protector, decidieron llevarlo puesto siempre y se lo colocaban incluso a sus prisioneros. Los peludos, que no usaban el collar, engendraban hijos tarados y deformes. Estos collares procuran una descendencia absolutamente sana.

—Bueno, pero eso no tiene que ver…

—Aguarde un momento, profesor —continuó el joven, impasible—. Cuando llegábamos a las proximidades del planeta, nos salió al paso una patrullera. Su comandante, el capitán Barnes, me dijo que no hay síntomasde agotamiento del calor solar, es decir, no se producirá una glaciación, como usted había anunciado. Por tanto, el maxenergyl no es necesario…, salvo para que usted llevase a cabo sus siniestros planes.

Hyssun retrocedió un paso. Thayna se aterró al ver la expresión de odio absoluto que había aparecido en aquel rostro, tan amable unos segundos antes.

—Entonces se me ocurrió a mí hacer una prueba, con los habitantes de la colonia Keyes de la Luna. Puse en órbita el maxenergyl y luego bajé a la superficie del satélite. Todos los colonos obedecían puntualmente la menor de mis órdenes.

»Profesor, el maxenergyl no es un mineral destinado a mantener la temperatura de la superficie terrestre, sino un multiplicador de la potencia mental. Si yo hubiese colocado el bloque de maxenergyl en la órbita señalada, usted, en un santiamén, se habría convertido en el dueño de la Tierra. Y eso es algo que no podíamos permitir, ¿me comprende?

Sobrevino un instante de silencio.

—Alguien me ayudó en Zinoph, aunque no lo hizo por simpatía, pese a las bellas frases que me dedicó —prosiguió el joven—. Hyssun, Syhunn… dos nombres muy parecidos, debido a que se trata de los nombres de dos hermanos. Usted y Syhunn tal vez puedan comunicarse telepáticamente a través del espacio; después de lo que he experimentado yo mismo, no me parece tan difícil. Pero, aun así, ni su potencia mental ni la de su hermano Syhunn son suficientes para dominar de un modo absoluto a los millones de seres que ahora pueblan este planeta.

»El maxenergyl habría multiplicado su potencia mental infinitamente. Pero eso no sucederá, porque, como he dicho, ahora el bloque sigue una órbita que lo llevará a quemarse en el Sol antes de

dos meses. Eso es todo, profesor.

Los ojos de Hyssun llameaban de furia al saberse descubierto. De repente, lanzó un poderoso grito:

—¡Aún conservo la suficiente potencia mental para darte muerte instantánea, maldito traidor!

—¿Traidor? ¿A quién? —dijo Víctor sosegadamente—. ¿A usted o a la Tierra?

Hyssun tendió una mano hacia el joven. Pero Víctor permaneció impertérrito.

—Muere, maldit...

La voz de Hyssun se convirtió de súbito en un ronco murmullo. Su brazo derecho se agitó convulsivamente, mientras que sus ojos volteaban agónicamente en las órbitas.

Thayna apartó la vista a un lado, para no contemplar la horrible transformación que se producía en el rostro de Hyssun. De pronto, el brazo derecho del profesor se contorsionó de una forma espantosa.

Una horrible sacudida agitó el cuerpo de Hyssun. Se oyeron espeluznantes chasquidos de huesos que se rompían como cañas secas. Luego, Hyssun, arrugado, convertido en un montón de carne que apenas conservaba su forma primitiva, cayó al suelo.

Todavía se agitó un poco, pero muy pronto adquirió la total inmovilidad de la muerte.

Víctor pasó un brazo por la cintura de su esposa. —Vamonos —murmuró.

Thayna respiró profundamente al hallarse al aire libre.

—Una muerte horrible —comentó—. Pero... ¿cómo ha ocurrido?

—Hyssun olvidó que su hermano me había traspasado la mayor parte de sus poderes mentales. Ninguno de los dos podía sospechar que yo acabaría por conocer la verdad de su diabólico plan.

—Entonces... lo has matado...

—Estaría mejor dicho que ha sido él quien se ha dado muerte, cuando su mente ha chocado contra la mía, más poderosa, por menos

gastada y por hallarse en un cerebro mucho más joven. Ha sido una especie de «rebote», un reflejo…, como si lanzase una pelota contra un muro v le volviese a las manos. Sólo que no era una pelota, sino un dardo mental mortífero que lo ha destruido.

—¿Y su hermano?

—Seguirá allí, pero sin su otra mitad, resultará completamente inofensivo. Incluso… puede que ya sepa que Hyssun haya muerto.

—¿No intentará vengarse?

Víctor sonrió.

—Creo que ambos unían sus poderes mentales, para lograr una fuerza prodigiosa. Ahora, Syhunn se verá obligado a continuar en aquel refugio, del que no podrá salir ya jamás.

Thayna se estremeció al pensar en aquella horrible perspectiva.

—Toda una vida bajo tierra…

—Es el género de vida que Syhunn buscó, para el desarrollo de su poder mental, parte del cual traspasó a su hermano… y otra parte a mí, por su propia conveniencia. Pero yo lo perderé con el tiempo, de lo cual me alegro infinito, en tanto que él dudo mucho de que vuelva a recobrarlo por completo.

—Morirá de hambre.

—Nosotros no podemos evitarlo. Yo no quiero volver a Zinoph, aparte de que se lo tiene bien merecido. Si su plan hubiese tenido éxito, millones de terrestres, aun continuando vivos, estarían muertos, porque serían simples muñecos en poder de dos sujetos carentes de escrúpulos. Y nosotros queremos seguir vivos y con la mente libre de lazos que no atemos por nuestra propia voluntad.

—¿Por ejemplo?

—Los lazos que nos unen a ti y a mí. —Víctor movió la mano izquierda—. Mira el paisaje. ¿No te parece maravilloso? Aquí hay paz, tranquilidad…

Thayna sonrió.

—Jamás echaré de menos mi propio planeta —aseguró. De pronto, se acarició el vientre—. Y, por cierto, me parece que muy pronto

habrá un nuevo terrestre más.

Víctor la miró con asombro.

-¿Estás segura? —preguntó. —Los síntomas...

Víctor la abrazó apasionadamente. —Un hijo —musitó—. Nacerá y vivirá libre y sin temor, te lo aseguro.

—Yo también lo espero así —contestó Thayna.

FIN